

REPERTORIO FOLKLORICO DE CHILOE

— por Galvarino Ampuero —

P R O L O G O

Chiloé, primorosa y lejana provincia de la sureña región chilena, desde estas modestas columnas te saludo y te rindo el homenaje de cariño y gratitud que yo te debo, y el de respeto y admiración que reservan para ti los cultores del arte folklórico por la exuberante belleza de tus paisajes y el fascinante hechizo de tus leyendas, mitos y supersticiones.

Desde esta tumultuosa y alborotada metrópoli santiaguina, yo te contemplo como un oasis de la honestidad ciudadana y te admiro como el más fiel trasunto del hidalgo y altivo pueblo español, que supo dejar las huellas de su convivencia con los isleños, en ese apartado y bello rincón austral que, antes que una zona geográfica, semeja un inmenso jardín en medio del océano...

Yo, que conozco tu accidentada trayectoria de eterna Cenicienta; yo, que te he visto siempre luchando bravamente contra el rigor de tu clima y la indiferencia de tus gobernantes; yo, en fin, que al son de implacables lluvias y granizadas, junto al brasero amable y acogedor, escuché cien veces las más fantásticas e inverosímiles historias de ánimas, brujos y duendes, quiero recoger ese precioso material, hoy disperso y olvidado entre el fárrago de las modernas costumbres, para rendir a tus hijos el homenaje de gratitud y admiración que se merecen por la fecunda imaginación con que han creado aquellas historias y aquellas leyendas tan admirables y fantásticas que sólo encontrarían digno parangón en la quimérica mitología de la antigua y culta Grecia.

Bien comprendo que no debería ser yo la persona indicada para intentar semejante empresa. Carezco para ello de erudición y de elocuencia, así como también me falta la técnica indispensable para ordenar y dar forma a un trabajo de esta naturaleza.

Sin embargo, estimulado por las opiniones de algunos respetados amigos y comprovincianos, que conocen mi afición a recordar el delicioso y pintoresco panorama de la vida isleña, resolví compilar este sencillo material que acumulé en mi mente desde niño confiado en que, al correr del tiempo, una pluma mejor templada, quiera aprovechar su contenido para un estudio más serio y concienzudo, sobre el folklore de aquella poética región insular, que tanto atrae y fascina.

En la exposición de este trabajo, yo nada invento ni creo nada; me limito a representar a un aborigen de mi tierra, que con el auxilio de los *quelgos*, la caña, el *tonón* y demás artefactos del tejido, armó su toscó *guthral*, para llegar hasta el urdido, confiado en que otras manos más hábiles y expertas, del futuro, ajustarán la trama, cardarán la tela, combinarán los colores, para entregar a la posteridad un tejido delicado y primoroso, de tonos variados y múltiples, agradable a la vista y amoroso al tacto, con el material que este aborigen exhumó del olvido. Ese sería el único mérito del presente trabajo.

ABREVIATURAS BIBLIOGRAFICAS

Alvarez = Agustín Alvarez Sotomayor, *Vocablos y modismos del lenguaje de Chiloé*. Tirada aparte de los Anales de la Universidad de Chile. Santiago, 1949.

Cavada = Francisco J. Cavada, *Chiloé y los chilotos*. Estudios de folklore y lingüística de Chiloé (República de Chile), acompañados de un vocabulario de chilotismos y precedidos de una breve reseña histórica del archipiélago. Santiago, 1914. Tirada aparte de la Revista de Historia y Geografía, año III, N.º 7-14. También constituye el N.º 5 de la Revista de Folklore Chileno.

Lenz = Rodolfo Lenz, *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de las lenguas indígenas americanas*. Santiago de Chile, 1905-1910.

Molina = Evaristo Molina Herrera, *Mitología chilota*. Archivos del Folklore Chileno, Fasc. II, p. 37-69, y Anales de la Universidad de Chile, 1950.

I. LEYENDAS

El Caleuche

Una de las leyendas más pintorescas y simpáticas de cuantas circulan por estas tierras sureñas, que son verdaderos almacigos de fenómenos prodigiosos y sobrenaturales, es, sin duda alguna, la del Caleuche, el buque de arte o buque fantasma que desde tiempos inmemoriales navega misteriosamente al través de los enmarañados canales de Chauques, Chonos y Guaitecas.

Para la gente de ciencia, para la gente que no cree en brujos, como se clasifica a sí misma, la leyenda del Caleuche deriva de un fenómeno científico, producido por la refracción de los rayos luminosos al atravesar las capas atmosféricas de distinta temperatura y, por ende, de diferente densidad. De aquí resulta que los rayos que parten de un objeto determinado, desde un buque alumbrado y empavesado, por ejemplo, se curvan hasta volver a la superficie de la tierra o del mar, donde reflejan su imagen en golfos y canales de otras latitudes. Ese, y no otro, sería el origen del buque fantasma, que tanto tememos y admiramos en los canales sureños.

Para nosotros, que no somos científicos ni eruditos en hechicería, nuestro papel se reduce a exponer lo que en la tierra austral se propala y se comenta acerca de ese fantasma de los mares, que en esta región tantos servicios presta a las otras ramas de la hechicería, de tierra y de aire.

Según las versiones de la gente de aquellos contornos, casi siempre inverosímiles y contradictorias, el Caleuche es un barco muy gallardo y ostentoso, que recorre los canales del sur, especialmente de noche o en días nublados, trasladando brujos de

una a otra cueva, o acarreado víveres o mercaderías para algunos comerciantes privilegiados que participan de este servicio, lo que significa una desleal y ruinosa competencia para los comerciantes limpios y honrados.

Tanto la oficialidad como la tripulación del Caleuche se distinguen por la compostura de su vestimenta y por el derroche de oro esterlino con que afronta sus gastos en juergas y parrandas, especialmente cuando éstas tienen por escenario las propias residencias de sus agentes y proveedores, donde no es necesario ocultar sus secretos profesionales. En cuanto al desempeño de los proveedores, debemos consignar aquí que en cada caleta o puerto dispone el Caleuche de uno de estos cargos, tanto para llevar el control de sus recaladas por los canales, como para la entrega de las provisiones que les son necesarias. Cuando los víveres se entregan en animales vivos, como corderos, vacunos o gallinas, deben ser todos de color negro. Cuando le falta algún tripulante, el comandante puede pedirlo también a su agente, en la seguridad que éste lo encontrará, aunque sea tendiéndole una alevosa trampa al sujeto que se ha elegido como víctima, como le ocurrió al mestizo Pihueque, a su paso por el río Puelle.

El principal puerto de recalada del Caleuche en los mares del Sur es la ciudad y puerto de «Los Césares», ubicado, según la versión de valientes exploradores de la parte continental de la provincia de Chiloé, en el estuario del río Palena. Según esas mismas versiones, se trataría de una ciudad muy bella y opulenta, tanto por las enormes riquezas de sus habitantes como por la magnífica arquitectura de sus edificios, con sus decorados interiores, sus cornisas y capiteles de oro macizo. (Cp. Cavada, 92-93; Molina, 65-66.)

El caballo marino

El Caleuche lleva siempre consigo, muy cerca de su ruta, un «Caballo marino» que reemplaza a los botes o lanchas de que disponen los vapores de alta mar y que, al igual que aquéllos, le sirve para embarcar y desembarcar pasajeros. Es éste un caballo marino muy brioso y muy chúcaro, al que no le resiste ningún lazo ni cordel, por resistentes que sean. Se mueve en el agua con una velocidad pasmosa, superior a la de cualquier pez, y

sólo se consigue amortiguar sus bríos, atrapándolo con un lazo de huero o sargazo. (Cp. Cavada, 103; Molina, 49-50.)

La viuda

Es éste un fantasma con silueta de mujer, grande, flaca y desgarrada, vestida siempre de negro, que ronda silenciosa por los campos solitarios o por los suburbios de las grandes ciudades, al acecho de algún apuesto y decidido galán que se interese por hacerle compañía. No es un fantasma decididamente dañino que se encare contra las personas. Sólo perjudica con su presencia monstruosa que produce temor y espanto a cualquier persona que se exponga a mirarla de frente y a corta distancia. Siempre ronda sola, triste y macilenta, por calles abandonadas y solitarias, a la espera de encontrar el galán apetecido y tan largamente soñado... En los campos y campiñas, rehuye también los caminos de mayor tráfico, para vagar sigilosamente por parajes oscuros y abruptos, en donde sorpresivamente suele saltar a la grupa de los transeúntes, produciendo el terror y el espanto, tanto en el jinete como en el caballo, que parte desbocado hasta caer cortado por el cansancio. (Cp. Cavada, 100).

El thrauco

Es éste un fantasma de los bosques, pequeñito, pero guapo y dañino. Usa siempre vestimenta de quilineja, de la cabeza a los pies. Por lo malo, se le considera como un engendro de Satanás.

Según cuentan la tradición y la leyenda, en los albores de este universo infinito estalló en el cielo un espectacular motín de ángeles y querubines, viéndose Dios en la necesidad de expulsar de su reino a Lucifer, como principal caudillo de aquel nefasto levantamiento. Pero el resultado fué contraproducente. Todos los batallones y regimientos de aquellos delicados y mansos espíritus celestes, con sus coros y sus bandas, se sublevaron también en coro, lanzándose al espacio tras la pista de su arrogante caudillo, hasta que Dios, temeroso de quedar solo en tan vasto y opulento reino, hizo cerrar las puertas del cielo y del infierno, dejando un grimillón de estos espíritus celestes vagando en los espacios, transformados en enanos, gnomos y duendes,

hasta que toparon con los cuerpos celestes, del sistema planetario, aferrándose a ellos para continuar su evolución en la vida planetaria

Es así como a nosotros nos tocó la mala suerte de tener que acoger, en un rincón de nuestro planeta, al thrauco y al imbunche, los entes más perversos y antiestéticos que existen entre la fauna de aquellos espíritus celestes, transformados hoy en genios del mal en la tierra chilota.

Y ahí nos tienen ustedes luchando contra las tropelías y maldades del thrauco, ese enteco y maligno personaje de los bosques, cuya estatura no pasa de 80 centímetros y que en medio del bosque anuncia su presencia por fuertes y sonoros hachazos.

Cualquier persona que tenga oportunidad de observar el thrauco, puede hacerlo teniendo cuidado de no ser visto por él, porque tal contingencia lo expondría a quedar botado en el suelo, con todos los síntomas de una violenta parálisis. Mayor gravedad tendrían estos hechos si el thrauco logra ponerse en contacto directo con las personas, como ocurre con los niños que sorprende en sus cunas. En estos casos, para evitar que el thrauco siga aniquilando la salud de sus niños, con su malsano aliento, deben los padres cambiar de residencia, siempre que entre la antigua y la nueva corra un río sin puente, porque parece que esta alimaña tiene los pies muy atrofiados y a toda costa evita mojarlos.

El thrauco es un vestigio tan *arrecho* y lascivo como los faunos de la mitología griega, por lo que sus maldades van siempre dirigidas contra el sexo masculino. Sin embargo, como su mirada, su aliento y su contacto son tan malsanos y perniciosos tampoco el otro sexo puede librarse de sus malignas asechanzas. (Cp. Cavada, 96-99; Molina, 42-43.)

El imbunche

Otro monstruo o vestigio de la mitología chilota, es el imbunche o *machucho*, que desempeña el oficio de portero de la cueva. Puede considerarse como gemelo del thrauco por lo retaco, feo y repugnante. Pero no puede ser tan malo como éste, gracias a la imposibilidad física de que padece, y que consiste en llevar una de sus piernas pegada a las posaderas. Hace, como ya hemos dicho, el papel de portero u ordenanza a la entrada de las cuevas, avisando, con gruñidos y alaridos estridentes y desapacibles, la

presencia de cualquier brujo o visita extraña que intente acercarse al recinto de la cueva.

La descripción que del imbunche se hace, con la cara vuelta hacia atrás y el cuerpo y las extremidades completamente deformados por la acción paciente y maligna de los propios brujos, nos recuerda la novela de Víctor Hugo titulada *El hombre que ríe*, con la deformación física de lord Chanchalié, por la malvada comparsa de los compraniños.

En el caso del imbunche, también se trata de niños robados y deformados cruelmente por los brujos, que los hacen crecer ocultamente en el interior de las cuevas. El imbunche, a pesar de la forma humana que sustenta, no posee un lenguaje articulado para entenderse con sus congéneres de la cueva. Las funciones de portero u ordenanza del palacio en que funciona la *Mayoría*, las desempeña por medio de gestos y alaridos grotescos que producen terror y espanto a cualquier persona limpia que los escuche. El imbunche sólo puede mantenerse derecho cuando está inmóvil. Para avanzar debe arrastrarse con la pierna buena y las manos, lo que le da un aspecto de mayor fealdad y repugnancia. (Cp. Cavada, 99-100; Molina, 45-46; Lenz, N.º 667.)

La pincoya

Es una sirena o ninfa del mar, que también excursiona por ríos y lagos, donde cuida de la pesca y del marisqueo. Tiene la misión de fecundar los peces y mariscos bajo las aguas y, por eso, sólo de ella depende la abundancia o escasez de estos productos en determinados sectores de la playa. Para propiciar la abundancia, la pincoya debe danzar a la orilla del mar. Pero, si danza con la cara vuelta hacia la costa, la danza resultará inútil porque alejará a los peces de la costa. Si danza mirando hacia el mar, en cambio, habrá abundante marisco y las redes y los *corrales* de aquel sector se repletarán de peces. (Cp. Cavada, 101-102; Molina, 46-47.)

El camahueto

Este es un animal de regular tamaño, de color *marí*. Cuando adulto, tiene el aspecto de un ternero de un año, poco más o menos. Crece en los ríos, pero cuando grande baja al mar, destru-

yendo lo que encuentra en su camino, porque es un animal de mucha fuerza. Según la mitología de Chiloé, es como el símbolo de la fuerza. Lleva un solo cuerno en la frente. Los curiosos pueden atraparlo, usando un lazo de sargazo o huiro, para arrancarle el cuerno, cuyo raspado se utiliza para curar varias enfermedades, pero especialmente en friegas, para producir fuerza y vigor en las personas.

Estos serían los únicos datos que se conocen de la biografía del camahueto. (C. Cavada, 105-106; Molina, 47-49.)

La ciudad encantada de «Los Césares»

De todas las leyendas, mitos y supersticiones que saturan el ambiente espiritual de la provincia de Chiloé, ninguna tiene la categoría ni el colorido de la pintoresca leyenda sobre la ciudad encantada de «Los Césares».

Pero, al igual que la leyenda de la fuente de juventud, buscada afanosamente por Ponce de León en La Florida, nada concreto se ha sabido hasta hoy día de aquella supersticiosa leyenda de la ciudad encantada. La noticia de su existencia fué muy difundida y aceptada por propios y extraños, desde el comienzo de las exploraciones a la región austral de nuestro territorio, de tal manera que su existencia se dió por absolutamente segura y su búsqueda fué autorizada oficialmente por el propio «Consejo de Indias» de la Madre Patria y por la Real Audiencia de Santiago de Chile.

Las expediciones militares, religiosas y seculares, tanto de ésta como de la otra banda de la cordillera, se sucedieron una tras otra a comienzos del siglo XVIII. Algunas partieron improvisadamente; pero otras partieron bien pertrechadas de hombres, víveres y ganado para el sustento de los expedicionarios, para regresar luego al punto de partida con la decepción del más rotundo fracaso.

Sin embargo, pese al tantas veces frustrado empeño por descubrir el velo que ocultaba la existencia de la misteriosa ciudad, la fantasía popular ha suplido con creces aquel fracaso, inventando la más acabada y completa descripción de aquella ciudad embrujada, tanto en lo que dice relación con su estructura material como respecto de la organización social y política de sus habitantes.

Se cuenta, por ejemplo, que la ciudad de «Los Césares» se encuentra asentada a la orilla de un río o de un lago, entre un cerro de oro y otro de diamante. Que para su defensa posee una serie de poderosos fuertes, montados sobre colinas de gran valor estratégico. Su arquitectura sería sencillamente maravillosa, con sus arcadas, cornisas y capiteles de oro macizo. Sus templos y sus palacios de gobierno serían suntuosos, capaces de deslumbrar a quienquiera que, no siendo iniciado en los secretos de aquella gran ciudad, llegara a traspasar sus muros.

Según la fantástica imaginación de los isleños, la ciudad de «Los Césares» se encontraría surcada de hermosas y amplias avenidas, que la recorren en toda su extensión y direcciones. Se encontraría, además, circundada por relucientes y elevadas murallas metálicas, con torres intermitentes del mismo material, y rodeada de fosos profundos con resistentes puentes levadizos para el tráfico de los iniciados en aquella vida opulenta y misteriosa.

La mayor discrepancia entre los exploradores que intentaron descubrir la ciudad encantada de las selvas australes, estriba en su ubicación. Algunos la situaron en la Patagonia, mientras otros creyeron que se encontraría en la región de los lagos, entre las provincias de Osorno, Valdivia y Cautín. Para nosotros, en cambio, los nativos de la provincia de Chiloé, los que directa o indirectamente hemos escuchado los reiterados y misteriosos relatos de nuestros exploradores criollos o de nuestros vaqueros aborígenes, que durante sus andanzas tras los baguales de esos bosques han tenido la oportunidad de oír, nítidamente, los áureos tañidos de sus gigantescas campanas, nos inclinamos a pensar que aquella ciudad debe encontrarse en la cuenca de los ríos Bodudahue o Palena del Chiloé continental.

Por lo demás, el misterio de su existencia ya no tiene el interés que antes tuvo. La superchería de otros tiempos sólo se mantiene en pie en la medida que se cree o se duda de la existencia del caleuche o buque de arte, al que le serviría de base naval o puerto de recalada durante sus travesías por los archipiélagos sureños, especialmente cuando al fin del mes se hace necesario *socorrer* a la tripulación. Por este motivo también nosotros encontramos más lógica su ubicación en una hoya hidrográfica o en las márgenes de un río, antes que a la orilla de un lago, como sostenían algunos exploradores de los que a principios del siglo XVIII intentaron forzar su descubrimiento para obligarla, se-

guramente, a incorporarse, al comercio mundial, tal como hicieron las potencias europeas con la China milenaria. (Cp. Cavada, 87-88; Ricardo E. Latcham, *La leyenda de los Césares*, Revista Chilena de Historia y Geografía, enero-marzo, 1929.)

El ánimo de Valeriano

En la provincia de Chiloé se ha especulado bastante con la ignorancia y superstición de las gentes, especialmente en los campos, donde hasta los fenómenos más sencillos y naturales se producen por la permisión de «Chachita Dios» o por la intervención de otras fuerzas ocultas y sobrenaturales. Muchas tumbas modestas, olvidadas a la vera del camino; muchas burdas imágenes de vírgenes o de santos, forjadas en tosca y deleznable madera, han servido de base, si no de grandes y suculentas fortunas, por lo menos de un seguro «buen pasar», a los sagaces inventores de aquellas supercherías.

Años atrás, en una noche de crudo invierno, en las costas del canal de Chacao, naufragó una lancha tripulada por varios vecinos de esa costa, que volvían de Ancud. De todos los naufragos el único cadáver que a los pocos días se encontró varado en las playas de Huicha fué el de un indio muy conocido por esos pagos llamado Valeriano Rampillán. Seguramente los otros naufragos fueron arrastrados mar afuera por la violenta corriente del canal. Con el respeto y conmiseración que merece un muerto, los vecinos de Huicha velaron su cadáver y le dieron sepultura en unas pequeñas dunas cercanas a la playa.

Los vecinos de Huicha y Caulín, pronto parecieron olvidar definitivamente el suceso del naufragio y la inhumación de los restos de Valeriano Rampillán; pero no ocurrió así. Al correr del tiempo, un vecino de aquella tumba recordó el episodio y, después de meditarlo a fondo, llegó a la conclusión de que el hecho de haberse salvado de ser arrastrado mar afuera como los demás naufragos ya constituía un verdadero milagro de Valeriano, muy digno de comentarlo más a fondo con los vecinos. El habitante de Huicha así lo hizo, y al poco tiempo todos los vecinos estuvieron de acuerdo en que era necesario divulgar la noticia para glorificar el ánimo de Valeriano.

Y así se hizo, efectivamente. La modesta sepultura de las Dunas de Huicha, con palmatorias de madera chorreando esper-

ma, se convirtió luego en un verdadero Santuario, con palmariorias de loza y candeleros de bronce, donde con profunda devoción se rendía fervoroso culto al ánima de Valeriano, con pingües utilidades para el inventor de aquella mina de celestiales dones y milagros.

El resultado había sido espléndido. Ante la manifiesta sordera de los santos de la Corte Celestial, para escuchar los ruegos y atender sus necesidades cotidianas, los habitantes de esos lugares acudieron al ánima de Valeriano, la que escuchó solícita sus plegarias y dió magnífica solución a todos sus pedidos. La nombrada corrió velozmente por villorrios y campiñas, envolviendo a Valeriano en una verdadera aureola de prestigio y santidad, como dispensador de inefables gracias y de portentosos milagros.

Las ofrendas de limosnas, mandas y promesas, comenzaron a tupir en el santuario. Nuestro vivo, el inventor de la milagrería, hizo entonces confeccionar una grande y segura alcancía, cuyo contenido era traspasado todos los sábados a su voluminosa faltriquera.

La curia de Ancud, por medio de su periódico *La Cruz del Sur*, protestó airadamente de esta flagrante idolatría. Pero luego después, al ver que la marea seguía creciendo y que los paganos iban en aumento, sin darse por notificados de las protestas de la curia, ésta cambió de táctica y resolvió tomar por su cuenta la administración de aquel santuario, el que, según entiendo, sigue produciendo portentosos milagros a los féligreses de las islas y reportando pequeñas, pero seguras, utilidades a la curia de Ancud.

El Cristo de doña Manuela

«El vivo vive del tonto y el tonto de su trabajo...», dice por ahí un refrián muy arcaico y muy certero, para cualquier clima, tiempo y lugar, y especialmente adecuado para el campo espiritual y dogmático.

En los alrededores del pueblo de Ancud, muy cerca del antiguo matadero, vivía una señora que, según el unánime decir de la gente que la conocía, era bastante culta y de muy selecta prosapia, llamada doña Manuela Olavarría.

Dicha señora poseía una casona de modesta apariencia ex-

terior, pero muy amplia y confortable en su distribución interna. Todo el mundo en Ancud y sus alrededores conocía a doña Manuela, no tanto por lo que su figura y su persona representaban, sino por la posesión de un Cristo muy expresivo y muy milagroso que alojaba en su casa desde hacía muchos años y que le ayudaba a agenciarse, con creces, el cotidiano sustento.

Era, en realidad, un cuento muy simpático el de la aparición del Cristo de doña Manuela.

Uno de los mozos se encontraba, en cierta ocasión, partiendo una rastra de leña recién bajada de la montaña, cuando notó que su hacha rebotaba en un nudo interior de la madera. Examinando el obstáculo con mayor atención, pudo constatar que se trataba de un Cristo incrustado en la madera. El caso era sorprendente; pero la voz de alarma sobre tan maravilloso hallazgo no se dió de inmediato por temor, tal vez, de que algún observador poco piadoso intentara escudriñar más a fondo el misterio y poner tachas a aquella imagen sagrada. Era más prudente dejar que el leñador, terminado su papel de comadrón, prosiguiera actuando como forjador de madera para presentar una imagen más aparente y acabada.

Y así fué como, a los pocos días, doña Manuela Olavarría, plena de gozo, anunció a sus amistades la aparición de un Cristo con cruz, clavos y espinas, en el interior de un madero destinado a proporcionar leña para el fogón de la cocina. Es decir, un Cristo tan pobre, modesto y humilde como su original de Belén.

Y la ráfaga de fanatismo y credulidad se esparció hacia los cuatro puntos cardinales, con una velocidad vertiginosa.

Se comenzó por llevarle velas, muchas velas, ofrenda que para aquella época, anterior al ciclo de Tomás Alba Edison, constituía un aporte de bastante interés y utilidad. Pero la liberalidad de los feligreses no paró en este punto. Comenzó por aportar dinero en centavos, cincos, dieces y chauchas, como quien dice monedas de un peso y billetes de cinco y diez pesos de hoy.

Para facilitar la recaudación de estos haberes, doña Manuela hizo confeccionar una alcancía bastante amplia y segura, donde los habitantes del pueblo de Ancud y de sus alrededores podrían depositar sus ofrendas sin mayores molestias ni sacrificios.

La romería de devotos iba siempre en aumento a visitar el Cristo de doña Manuela, dejando su óbolo, cada vez más crecido y suculento, a beneficio de la persona que había descubierto o

inventado aquella fuente de tan portentosos milagros, y que siempre se distinguió por su entereza de carácter negándose a conceder siquiera el pequeño derecho de autor que debía corresponderle por su portentoso invento.

II. JUEGOS Y ENTRETENIMIENTOS

En la provincia de Chiloé, al igual que en cualquiera otra del país, los juegos pueden clasificarse en juegos de niños y juegos de adultos.

Entre los juegos de adultos podemos mencionar el antiguo y casi olvidado juego del linao; el de la chueca, también fuera de uso, y los que se practican en las eras, durante las trillas, donde la gente adulta se amanece entretenida en los juegos más raros y extravagantes, tales como la gallina ciega, la lancha, el corre zapato, el juego de los platos y algunos otros de los que va quedando sólo el recuerdo, debido a que la máquina trilladora los ha ido desterrando paulatinamente.

En el campo de los niños, especialmente de los escolares, los juegos más usados y corrientes son el de las bolitas, el trompo, la piedralta o *pallalla*, las enalgadas, el luce, etc.

Juegos de niños

La piedralta.—En el resto del país, el juego de la piedralta es conocido por *pallalla*. Puede jugarse entre dos, tres o cuatro chiquillos, en este último caso entre compañeros. Del ripio de los caminos o patios de las casas se eligen diez o doce pares de piedrecillas, del tamaño de un garbanzo, poco más o menos. Cada jugador debe poseer, además, una bolita de piedra o de vidrio o, sencillamente, una piedra más grande llamada *machó*, que es indispensable para el desarrollo del juego.

Después de contar las piedras de cada jugador, se bota un poncho en tres o cuatro dobleces en el suelo, y comienza el juego. Según el orden señalado por la suerte, cada jugador levanta muy suavemente su puñado de piedrecillas, tratando de recoger la mayor cantidad de ellas, con el dorso de la misma mano. Con igual ejercicio, del dorso debe volverlas a las palmas, teniendo cuidado de que no caiga ninguna al suelo. El que haya logrado retener un mayor número de piedrecillas, sin arrojar ninguna al

suelo, continúa el juego, que consiste en levantar el macho a una altura conveniente, en cuyo pequeño intervalo de tiempo y de espacio el jugador, rápida y suavemente, recoge con la misma mano algunas de las piedrecillas regadas en el poncho y, sin mirarlas, basándose únicamente en el tacto, debe acertar y decir si son pares o nones.

La práctica del juego aconseja recoger pocas piedrecillas en cada vez, ya que si recoge muchas se expone a largar algunas al abrir la mano para tomar el macho en el aire y, además, porque sería más difícil determinar si las piedras recogidas son pares o nones.

Una vez que ha recogido todas las piedras que se encontraban regadas en el poncho, el jugador queda libre, esperando el resultado de sus contendores, los que pueden perder el juego por las siguientes razones:

1.º Porque al intentar volver las piedrecillas del dorso a la palma, pueden caer una o varias de ellas; 2.º Porque al recibir el macho en el aire, largó algunas piedrecillas de las que acababa de recoger, y 3.º Porque se equivocó al cantar los pares o nones.

Pero el juego no termina aquí. Viene después la aplicación de las penas que corresponden, según las condiciones estipuladas. El juego puede ser con la aplicación de «pan sólo», o de «pan y carne». El «pan sólo» consiste en castigar a los perdidos con una fuerte palmada en el dorso de la mano, mientras el macho se lanza hacia arriba, para recibirlo en el trayecto después de aplicar el castigo antes señalado. El castigo de «pan y carne» consiste en el mismo ejercicio anterior, con la sola diferencia que, en vez de asestar una palmada en el dorso de la mano, se aplica un fuerte rasguño con todas las uñas, llegando, a veces, hasta dejar sangrando las manos de los vencidos.

El trompo.—Este es un juego que se practica en todo Chile, pero con ciertas variantes en sus modalidades y en las características del propio trompo.

El trompo no es otra cosa que un cono de madera invertido, con una púa metálica en el vértice. El de Chiloé, en la parte correspondiente a la base del cono, suele llevar un espolón metálico, destinado a destruir la integridad del trompo contrario que ha perdido la partida.

El trompó más apetecido es el de pelú, por ser muy *flauteador*. A cada trompo corresponde una guaraca de lienza o de cá-

ñamo de fibra de lino, de un largo bien determinado y preciso, para hacer más certera la puntería en los quiñazos.

La primera parte del juego consiste en apuntar a una señal fija que se deja en el suelo y que muchas veces no es otra cosa que un escupo de los jugadores, quedando como víctima para iniciar el juego el que clavó la púa de su trompo a mayor distancia de la señal. Algunos jugadores son tan certeros en su puntería que casi siempre pican en medio de la señal y la *secan*. El trompo cuya picada llegó más lejos de la señal es colocado en el interior de un círculo llamado troya, de unos quince centímetros de diámetro. De la troya debe sacarlo cualquiera de los jugadores, elegido por el propio dueño del trompo condenado por mala puntería.

Si entre las condiciones que se han concertado en la partida, la sacada de la troya debe ser a «quiñe bravo», el dueño del trompo tendrá buen cuidado de elegir al compañero de más mala puntería. Así busca librarse del castigo final, que consiste en darle una o varias picadas a su trompo, entrando a ser reemplazado por el del compañero que erró el quiñazo.

Otra de las condiciones que debe estipularse es si las picadas que debe recibir la víctima se las darán a pulso o en «la olla». En este último caso, se clava el trompo en la tierra, en cuya posición se le aplican los picotazos con el hacha o espolón de los otros trompos, dejándolos tan estropeados que generalmente terminan aquí su carrera de trompos «seditas y flauteadores». Sucumben en la olla.

Reanudado el juego, la víctima seguirá siendo el mismo trompo ya castigado, pero cualquiera de los contendores puede entrar en su lugar por no haber sacado el otro trompo a «quiñe bravo» de la troya o por no haber conseguido hacer bailar su trompo para recogerlo bailando y empujar el otro trompo a topones hasta hacerlo pasar de una línea trazada como límite de la cancha. Cualquiera jugador que pierda el tiro, no dando en el blanco con «quiñe bravo» o por no haber logrado recoger su trompo bailando, lo deberá dejar en el preciso punto en que se encontraba la víctima anterior, para continuar el calvario del perdido.

Las bolitas.—También el de las bolitas es un juego universal. De una región a otra sólo difieren los detalles, las modalidades que se ponen en práctica.

Igual que para el trompo, en mi tierra se practica también un círculo pequeño o troya, en donde los contendores depositan igual número de bolitas, dejándose la más grande y más redonda para «caballito». Desde una distancia de ocho o diez metros tiran el caballito, y aquel que se acerque más a la troya, siempre que no quede aprisionado en su interior o quemando en la circunferencia de la troya, comienza disparando al interior de la troya, y todas las bolitas que tras los sucesivos golpes de su caballito vayan saliendo de la troya pasan a propiedad del jugador que las hizo salir. Los buenos jugadores suelen, a veces, reunir grandes *guachacadas* de bolitas, ganándose las a los uñetas o a los que les ha tocado jugar con un caballito *sentegue* que, en vez de chocar y correr violentamente, queda bailando dentro de la troya, debido a las abolladuras que tiene en su superficie.

En el juego de las bolitas existen cuatro formas de practicar lo: a la troya, que ya hemos descrito; a la cuarta, a la muerte y a los hoyitos. El juego de la cuarta consiste en tratar que la bolita del jugador choque a la contraria o quede a menos de una cuarta de ella. En ambos casos la bolita a que se le apuntó pasa a poder del último que jugó. En el juego de la muerte, en cambio, es indispensable chocar la bolita del contrario para tener derecho a apropiarse de ella.

El juego de los hoyitos consiste en recorrer, de ida y vuelta, tres hoyitos que distan dos metros el uno del otro, poco más o menos, embocando su bolita en cada uno de ellos y tratando de impedir que el contrario haga lo propio, alejando su bolita de los hoyos por medio de choques o muertes sucesivas.

Los chiquillos se envician tanto con este juego que, cuando les faltan las bolitas, se arrancan los botones de la ropa para jugarlos, y las madres les dicen: «¡Catay, *cuisito*, andas todo *descochollado*, con las mangas almidonadas y las velas colgando!»

Hinca palo.—Este juego, de muy poco movimiento y poca elegancia, consiste en premunirse de una pequeña estaca, del grosor de un *chaúnco* y de unos sesenta centímetros de largo, de madera dura y resistente, como la luma o el tepú, y aguzada en la parte inferior. La persona señalada para comenzar el juego, arroja su estaca de punta y la clava en el suelo. En seguida el contrario, después de hacerle la puntería y de cerciorarse de cuál lado es más débil, trata de clavar la suya, haciendo que a su paso choque bruscamente con la estaca clavada, con el objetivo

de voltearla. El que voltea la estaca del contrario la recoge y la tira lejos, obligando al contendor a ir a buscarla, para intentar de clavar la suya, y así sigue el juego ininterrumpidamente.

Como se ve, este juego es simple y sin complicaciones. Seguramente por esta circunstancia, sólo se practica en aquellas subdelegaciones rurales más alejadas de los centros poblados. Lo único que de este juego se saca en limpio es la penitencia del que corre a recoger su estaca.

El escondido.—En el resto del país se juega «el pillar» o «el paco ladrón», que son juegos muy similares, si no iguales, «al escondido» que se juega en Chiloé. Un grupo de chiquillos se rifa la tarea de pillar a uno de sus compañeros. Cuando la cancha de juego es pareja y despejada, tan luego se elige al que debe pillar; los demás se dispersan velozmente por las pampas. Pero si se trata de un terreno enmarañado y con escondites adecuados para ocultarse, buscan este escondite y ahí se quedan esperando que lo descubran para huir en busca de otro refugio. En este caso a los jugadores hay que buscarlos pacientemente por entre las ramas, los aleros o los sembrados. Si alguno de ellos vislumbra el peligro de ser sorprendido en su escondite o de ser alcanzado en su carrera, trata de guarecerse en un recinto que se denomina «capilla», en donde no se le puede atrapar o pillar válidamente, gritando: ¡Capilla!

Este juego no tiene premios ni castigos. Se juega únicamente por el instinto de correr para espantar el frío.

El corre zapato.—Este es un juego de era; pero el uso de las máquinas trilladoras lo ha ido sepultando en el olvido.

Para el «corre zapato» se amontona bastante cantidad de paja en el centro de la era. Con uno o dos pañuelos de los concurrentes se confecciona una especie de huasca. En seguida se sientan todos los jugadores alrededor del montón de paja, colocando al centro al que le tocó en suerte. Una vez que todos los jugadores se encuentran en sus puestos, comienza el gran alboroto escondiendo el chicote debajo de la paja para entregarlo a los que se encuentran a la espalda del jugador del centro; repitiendo ininterrumpidamente las palabras «corre zapato», «corre zapato»..., mientras le asestan fuertes huascazos por la espalda a la persona del centro, quien a toda costa trata de descubrir al poseedor del «zapato» o huasca, para quitárselo y librarse de la penitencia.

La gallina ciega.—La gallina ciega era también un juego de las eras muy atrayente, muy brusco y de mucho movimiento. Los que participaban en él quedaban agotados de cansancio y con el cuerpo completamente magullado a causa de las fuertes palmadas y los estrellones que estaban expuestos a recibir contra la pared circular de las eras.

Consiste en sortear a la persona que debe hacer de gallina ciega, vendándole, en seguida la vista, con un pañuelo fuertemente ajustado al rostro.

En este juego se forman siempre dos bandos, a cual más eufórico y violento, entre mujeres y hombres. Si la persona que hace de gallina ciega es un hombre, inmediatamente las mujeres se arremolinan en derredor, castigándolo con fuertes palmadas en las posaderas. Si es una mujer, los hombres toman de inmediato la más efectiva y cruel venganza, castigando a la mujer en igual forma.

Aquí no se pierde el tiempo preguntando a la víctima: «Gallinita ciega, ¿qué andas buscando?» Lo que interesa es castigar fuertemente, sin compasión, a la víctima vendada, la que no sólo está expuesta a las fuertes palmadas de sus victimarios sino que, a veces, suele estrellarse violentamente contra el maderamen interior de las eras.

En medio del más fenomenal bullicio, la persona de los ojos vendados trata de atrapar a cualquiera de sus despiadados atacantes; pero, para la validez de la pesquisa que intenta realizar no basta con atraparlo, sino que debe retenerlo fuertemente y adivinar en seguida su nombre, antes de arrancarse la venda de los ojos. Es por eso que, aparte del cansancio y las magulladuras que reciben, los jugadores de la gallina ciega suelen salir casi *peluquechos* o *pithranes*.

Así como en las fiestas con cantina y bailoteo es la cueca el baile preferido para iniciar el jolgorio, y para mantenerlo durante las dos terceras partes de la noche, también en los juegos de era es la «gallina ciega» la que tiene toda la preferencia de los asistentes de manera que, si a breves intervalos se cambia este juego por otro, el cambio no tiene otro objetivo que el de iniciar un juego más moderado para dar oportunidad a participar en él a la gente más timorata y tranquila.

El luché o infernáculo.—Para el juego del luce o infernáculo, en el que pueden participar dos o más personas, se comienza por

practicar una demarcación con dos filas de seis u ocho rectángulos de superficie bastante amplia para que el jugador tenga bastante espacio para saltar y moverse en un pie dentro de ellos.

El juego consiste en arrojar el tejo en el primer rectángulo, entrar en seguida en él, pisando en un solo pie. En seguida, con el borde del zapato, o el canto del pie, en su caso, se arroja el tejo hacia los rectángulos siguientes hasta recorrerlos todos. Si en todo este ejercicio el jugador no pisa raya ni quema su tejo, se coloca de espaldas a la figura y arroja el tejo sobre los hombros, marcando como «su casa» el cuadro sobre el cual ha caído el tejo. Si durante esta maniobra se pisa raya o se hace quemar el tejo, comienza a tallar otro jugador. Al final gana el que ha logrado marcar mayor número de casas.

Parece que este juego es originario de España, en donde se le da el nombre de *infernáculo*.

JUEGOS DE ANIMALES

Carreras a la chilena

Al igual que en las grandes urbes, también en los villorrios, campos y aldeas de provincias, el juego de las carreras constituye uno de los principales entretenimientos de sus modestos habitantes. La diferencia entre ambas está en el monto de lo jugado y en la forma de su realización.

Las carreras a la chilena, que son las que predominan en provincias, son de dos clases: las *chuscadas* y las *amarradas*. Son *chuscadas* las que en días festivos se conciertan de improviso, a primera vista, sin preparación de caballos ni selección de jinetes.

En cuanto a las *amarradas*, he aquí su generación y desarrollo:

Guapilacue, 3 de mayo de 19...
Sr. Marcelino Velásquez.
Quetalmahue.

Mi apreciado compadre:

Hasta esta tierra lejana del cangrejo y la canagua, ha llegado la nombrada de su caballo Picazo, *respeuto* a la avilantez con que se traga las canchas, dejando perdidos a sus contendores.

Como Santo Tomás, yo me resisto a creer los prodigios de su animal y para comprobarlo y tener la *satisfacción* de aplaudirlo a la vista del amo, le propongo echar a correr el Picazo de su propiedad con el Tordillo de su servidor y compadre, Bautista Otey.

En caso de *aceptar* mi propuesta, le ruego que en su *contestata*, al mismo tiempo de comprometerse a firmar las escrituras *correlativas*, me diga el lugar y la fecha de nuestra primera reunión para disponer los detalles del contrato y nombrar a las personas que han de vigilar la legitimidad y *corrección* de este compromiso.

Agradeciendo por adelantado su *contestata*, le saluda su compadre,

Bautista Otey

Quetalmahue, 5 de mayo de 19...
Sr. Bautista Otey.
Guapilacue.

Mi querido compadre:

Hey tenía la *satisfacción* de recibir su *envite* para cotejar su pingo taravilla, de gran nombrada en todo el partido, con el matalote y lerdón de su compadre Bautista, en una cancha de Guapilacue o de Quetalmahue.

Dando *satisfacción* a sus deseos, el domingo 10 del presente, a las 12 del día, deberemos encontrarnos en Chaumán, en casa del amigo Juan Vásquez, para nombrar los jueces de carrera, los veedores y el gritón, y firmar la escritura de este contrato.

Con mis buenos deseos para que conserve su *arregentada* salud, se despide hasta el domingo su compadre,

Marcelino Velásquez

Cursada la correspondencia anterior, el compadre Baucha y el compadre Machello, cada cual por el sendero que le correspondía, recalaron en Chaumán y se juntaron en casa de su amigo Juan Vásquez. Llevaban consigo un verdadero séquito de expertos en canchas, en largadas, en herrajes, en toriles, en disposiciones legales sobre atropelladas de jinetes y hasta peritos en alimentos y dietas caballunas.

El primero en llegar a la cita fué Bautista Otey, que se hizo

presente en Chaumán a las 12 menos un cuarto del día señalado. Cinco minutos después irrumpió en casa de Juan Vásquez el compadre Machello, en compañía de su séquito de peritos en materia equina.

—¡Presente a su llamado, conpadre Baucha! —llegó diciendo.— Usted disponga las cosas como las crea más convenientes.

—Muy bien, conpadre Machello, así lo haremos y como lo primero es lo primero, comenzaremos por fijar la cancha en que deben correr los pingos. Yo le propongo que la carrera sea en Guapilacue, en la cancha de Chongolao, que es la mejor que tenemos en Guapilacue.

—¡Eso no lo aceuto, conpadre Baucha! Esa cancha es un verdadero *gualgüe*. Sólo podría usarse en verano. Pero, como esta carrera debe correrse el 24 de junio, la cancha de Chongolao estará, seguramente, anegada. En cambio, en Quetalmahue tenemos canchas a elegir, de pampa o de playa. Yo les propongo usar la cancha de la playa de «Calle», o la de Aldín. ¡Elijan!

—Ya lo iremos pensando, conpadre Machello. Y a propósito, ¿cuántos hombres lo acompañan, conpadre Baucha?

—Son ocho mis acompañantes, conpadre Machello.

—Resulta, entonces, que como yo tengo igual número de aparceros, nada podríamos definir por mayoría de votos. Por eso le propongo acordar una cosa muy sencilla, *cum pa*. En caso de empate en nuestras indicaciones, deberá resolver con su voto nuestro común amigo Vásquez, que tan galante ha sido poniendo su casa a nuestra disposición.

En consecuencia, con este acuerdo armónico, se estableció en definitiva que la carrera del Picazo y el Tordillo se realizaría en la cancha de Aldín, de la subdelegación de Quetalmahue.

La relación total de las condiciones de la carrera era tan extensa y complicada, que su redacción definitiva sólo vino a terminarse como a las 12 de la noche, cuando todos los peritos se encontraban a *media rasca*.

Los puntos o condiciones fundamentales de este contrato fueron los siguientes:

- 1.º Valor de la polla: \$ 1.000.
- 2.º Distancia: tres cuadras.
- 3.º Hora de presentación de los caballos: la 1 de la tarde.
- 4.º Resguardo contra las cargadas del contrario: toril de 100 metros.

- 5.º Partida: sobre andando de galope.
- 6.º Peso de los jinetes: 60 kilos.
- 7.º Condiciones para el pago: grito y lazo.
- 8.º Personal interventor: un gritón y un vigilante de grito; dos veedores o jueces de llegada; dos jueces de malicia, colocados en mitad de la cancha.
- 9.º Un juez supremo de carrera para resolver, sin ulterior recurso, cualquier tropiezo imprevisto en la aplicación del presente contrato.

Formalizada definitivamente la carrera, la noticia se extendió como aceite sobre el mar, por los distritos de Nal, Yuste, Polocué, Teguaco, Pilluco y Lechagua, llegando inclusive hasta los alrededores de Ancud, capital de la provincia de Chiloé, produciendo gran alboroto de pareceres y dividiendo la población campesina en dos bandos porfiados, intransigentes e irreconciliables.

A medida que transcurren los días, comienzan los cálculos y comentarios sobre el tiempo y las distancias, los cotejos y los desafíos, con ventajas de cortada o de uno o dos cuerpos, para el cruce de las apuestas.

Con activa prestancia los partidarios comienzan a recopilar datos de anteriores carreras y cotejos, para llevarlos como primicias al dueño del caballo de sus afecciones.

Los primeros cotejos pueden realizarse en cualquier cancha de segundo o tercer orden; pero los últimos deben, forzosamente, realizarlos en la cancha oficial, a fin de que los animales vayan conociendo el piso, y en tales circunstancias es más difícil guardar el secreto de aquellos cotejos.

La cancha de Aldín, extendida casi al borde de los acantilados del río Kilo, circundada por frondosos matorrales de fucsia, romerillos y espino, se presta espléndidamente para el loreo de los cotejos, o para los que cada bando debe disponer de una verdadera patrulla de loros, *tecutos* y soplones, muy diestros en esquivar el acecho de los vigilantes contrarios; y, sobre todo, muy sufridos para soportar los insultos, las pedradas y los picanazos con que se escudriña su presencia en los matorrales que les sirven de escondites.

Es tan grande el empeño por ocultar los resultados de estos cotejos, que a veces se llega hasta la crueldad de prender fuego

a los matorrales, a sabiendas de que en su interior se han asilado loros y soplones del bando contrario.

Después de tanta escaramuza tanta cachaña y finteo, que siempre constituyen la estrategia de estos espectáculos, llega, por fin, el día de la carrera, que en todo este lapso ha hecho paralizar hasta las labores y faenas más premiosas del lugar. Desde temprano comienzan los parroquianos a especular con los datos de los expertos y con los que han logrado captar en el trayecto de su casa a la cancha. De la importancia e interés que se atribuya a estos datos, dependerá la euforia o el recato con que se provocará a los contertulios.

Y comienzan las posturas:

—Cien pesos al tordillo de Agüi, con cortada. ¿Dónde está el valiente?

—¡A ningún sordo se lo ha dicho, compañero; con su amigo! —contesta un desconocido del otro bando—. Pero le aconsejo moderación. No sea *tacán*. No haga *aupe* su dinero. Deje un par de pesos en su faltriquera para probar el rico ponche de la comadre Melchora —agrega con sorna, señalando a una de las venteras mejor instaladas.

—¡Al Picazo, mi caballo con montura contra ciento cincuenta pesos en dinero *efectivo*, o contra otro caballo *ver* al mío!

—¡Aquí tiene los ciento cincuenta pesos, compañero! Sería difícil encontrar otro matalote *ver* al suyo.

—¡Un *buitral* contra cien pesos al Picazo! ¡Doy un cuerpo de ventaja!

—¡Un borrego de seis meses al Tordillo, por otro igual de gordo y crecido!

Y tanto en dinero como en animales y especies, siguen menudeando las apuestas con euforia creciente.

Por su lado, las venteras, arrebuajadas en sus rebozos de *bordillo* y bien levantados sus *nilputos*, excitan el entusiasmo de los contertulios, ofreciendo trago y empanadas caldudas. Mientras tanto, los parroquianos que ofician de directores del espectáculo, toman las últimas medidas y dan sus postreras órdenes para su realización.

Unos se dedican a medir la cancha; otros, el largo del toril y la extensión del lazo de llegada, marcado en el césped por una raya bastante profunda la que, según el bando del compadre Baucha, debe ser lo más corta posible a fin de asegurar el resul-

atado de la maliciosa condición de grito y lazo, que se estipuló en los puntos generales de la carrera y que, como lo veremos más adelante, tuvo un alcance decisivo en el resultado final de aquella carrera.

Viene, en seguida, un momento de expectación y de silencio, mientras se rifa el lado y comienzan, desde el punto de partida, los paseos de los contendores.

Luego se produce un rumor sordo y monótono, transmitiendo la noticia, en forma de un regocijante secreto para uno de los bandos, ¡que el Picazo llevó el lado! Es decir, le corresponderá correr al lado derecho y, por lo tanto, el jinete tendrá mayor facilidad para usar su huasca o rebenque.

Eso nada importa, susurra el bando contrario; el jinete del Tordillo es zurdo.

¡Comienza el primer paseo...! ¡El segundo...! ¡El tercero...! Y... ¡Chur! ¡Partieron! ¡Allá vienen! ¡Tordillo...! ¡Tordillo...! ¡Tordillooo...! ¡Picazo...! ¡Picazo...! ¡Picazooo...!

—Yo tengo una cortada de ventaja; de manera que llegando tablas, siempre gano —musitó Polo Barría—. ¡Pero la cosa la estoy viendo ¡muy oscura!

—¡Se abrió el Picazo! ¡Válgame Dios!

Efectivamente, antes de terminar el toril, el caballo del compadre Machello, que llevaba un cuerpo de delantera, comenzó a abrirse, y siguió abriéndose hasta llegar a la meta con tres cuerpos de ventaja; pero fuera de lazo, detrás de los veedores. Y la carrera era grito y lazo. Nada de cuentos, disculpas ni atenuantes, gritaba la comparsa de Bautista Otey.

Aquí comienza el torbellino de contradicciones, disputas y desafíos. Especialmente notable y divertido es el salpicón de absurdas y pintorescas bravatas que se cruzan entre los forasteros y los dueños de cancha. Es el momento en que cada bando comienza a proclamar sus bandos en alta voz, dejando establecido, por lo menos, que el bando contrario está formado por una pandilla de bandolerós.

—¡Los afuerinos son unos haraganes y sinvergüenzas!—dice el primer pregón de los quetalmahuinos—. ¡Querían robarnos la plata con un caballo compuesto!

—¡Yo lo vi patentito —grita Huilala— cuando ese marchante con «cara de luna llena», sacando de la faltriquera un embeleco se puso a acariciar al Tordillo. ¡Miren el cariño que le bajó con

el animal! La verdad es que el pingo es bonito; pero no es para encariñarse tanto.

El tío *Curva carcula* que le ha puesto cebo de león, *pa* que el tufo ahuyente al contrario. Por eso el Picazo corrió toda la cancha de soslayo, hasta llegar al final detrás de los veedores.

—¡Qué ganas tengo de pegarme unos saltos con uno de estos afuerinos! —grita un tercero.

—¡A ningún sordo ni tullido está usted palabriendo, mi amigo —contesta un desconocido que se había impuesto de todas las conjeturas que acababan de hacerse en el grupo de los quetalmahuinos acerca de las malas artes con que se obtuvo la victoria del Tordillo sobre el Picazo,— mientras amontona de un puñete al provocador.

—¡Me comen las manos por pegar un par de lapos a estos *lapos* de la otra banda! Porque si le pego con la mano empuñada podría cometer un hecho.

—Saquen ese hombre de encima, les digo —grita un valiente con voz de fuelle atascado—, porque, si no, lo mato.

—¡Asujétenme! ¡Ustedes conocen mi genio y mis puños...!

Y así, en esta forma tragi-cómica y pintoresca, sigue el remolino de insultos, bravatas, puñetes y ramalazos entre los bandos contendientes.

Aquí un *throlquin* de hombres y mujeres, trenzados en mojonones y arañazos. Más allá un guapo que le tapa ambos ojos al adversario, y toda esta revoltura muy bien sintonizada con la clamorosa intervención de las mujeres, en su interés de prestar una ayudita a sus maridos, mientras otras acarrear agua fresca en *lapas* y palanganas, para lavar las heridas producidas por las pencas, los ramales y las palmetas.

La cancha de carreras se ha convertido en un verdadero campo de Agramante. Pero, en el momento de mayor euforia aparecen, en un extremo de la cancha, dos hombres de apuesta figura y de recia silueta, reconocidos por todos los hípicas ahí presentes como los hombres más fuertes y más valientes de toda la comarca. Son Pedro Otey, de Guapilacue, y Juan Velásquez, de Quetalmahue. Se produce gran expectación; pues se trata de los verdaderos Agamenones de sus respectivas subdelegaciones. Con paso firme y actitud resuelta, ambos avanzan sin chistar hasta colocarse a muy corta distancia el uno del otro, en medio de la cancha de Aldín. Se miran de alto abajo. Se observan con

rencor, pero con respeto. Seguramente, en ese momento piensan en el dicho de «quien pega primero». El momento es embarazoso y decisivo. Pero ninguno de ellos osará empañar su bien ganada reputación, cometiendo la felonía de pegar sin previo aviso. Vuelven a medirse con la vista y el pensamiento, y meditando, seguramente, en el trance de perder en un solo momento la gran fama de ser los hombres más fuertes y más valientes de Aguí y de Quetalmahue, rompe Otey el embarazoso silencio para decir con vehemencia a Velásquez:

—Yo sé que es usted un hombre fuerte, cabal y valiente; pero, recuerde que donde hay unos, hay otros, y uno de esos otros usted sabe quien es.

Pronuncia Otey estas palabras en forma tan solemne y patética, que de inmediato parecen producir una verdadera reacción de pacifismo en el ánimo de Velásquez, y acto seguido, instintivamente, se tienden la mano y, tomados del brazo, entran a beber juntos el último trago de ponche en la ramada de la comadre Melchora.

El extraño e inesperado desenlace que tuvo el encuentro de aquellos presuntos rivales, no fué del agrado de los enardecidos contertulios de aquella movida y desordenada chingana. Sin embargo, la actitud digna y honorable de Otey y de Velásquez hizo volver la tranquilidad a los espíritus exaltados y logró apaciguar aquella gente embolinada y belicosa.

Pero la trama y el desarrollo total de lo que es una carrera a la chilena en la provincia de Chiloé, no podía terminar con el solemne y patético episodio anterior. Los ecos, las consecuencias de esta bacanal, siguen proyectándose en muchos aspectos de la vida cotidiana. En la semana siguiente nadie se preocupa de trabajar, ni aún para atender las más premiosas necesidades de la familia. Será una semana totalmente dedicada a la holgazanería y al gandleo, a pintorescas copuchas y nuevas bravatas acerca de las hazañas que cada cual realizó o soñó realizar en la cruenta jornada de la cancha de Aldín.

Como saldo trágico de esta orgía campesina, originada por la carrera amarrada del Picazo y el Tordillo, durante varios días seguiremos contemplando a muchas mujeres afónicas de tanto cantar y gritar y con las caras como *anquentos* a causa de los múltiples rasguños que recibieron en la reyerta, así como encontraremos también a muchos hombres casi *peluquechos*, ofertando

añil a los vecinos que se abstuvieron de participar en la carrera del Picazo y el Tordillo.

III. COSTUMBRES Y FIESTAS

La minga de techo

Obligado a suspender temporalmente mis estudios de humanidades, por prescripción médica fui a pasar unos días al campo, a casa de mis padres, que viven en Teguaco. Partí un viernes en la tarde a las ancas del caballo de mi tío Jenaro. Llegué a mi casa, ya entrada la noche, con el cuerpo completamente magullado por tan larga cabalgata.

Por las conversaciones de mis paisanos que formaban la caravana con el tío Jenaro, pude imponerme de que al día siguiente habría una minga de techo, muy sonada, donde don Beña Huentelicán, un mestizo vecino de mi padre.

«Mañana estamos de minga de techo», había dicho el tío Jenaro en su conversa con los hueñes de la cabalgata, y recordando las viejas costumbres de aquella tierra caí en la cuenta de que el tío Jenaro tenía razón para recalcar la calidad de la minga del mestizo Huentelicán.

Existe a este respecto una verdadera confusión de nombres y procedimientos sobre estas fiestas y faenas campesinas, incluso para los más eruditos en folklore nacional. Existen mingas en un solo día de trabajo —a día cambiado, como se les llama— y sin fiesta; pero también existen otras de varios días de labor, con gran comilona final y fiesta de amanecida. Además, debemos distinguir el *medán* o minga con el aporte de un producto determinado, como corderos, chanchos, trigo, papas, etc., todas de tipo enteramente social o comunizante. En efecto, el campesino que necesita ayuda en un trabajo o en el aporte de un determinado producto, acude a sus vecinos para que le aporten lo que necesita.

Así, por ejemplo, un recién casado que desea independizarse construyendo una habitación propia, confecciona una lista de sus mejores vecinos y amigos, los que, previo entendimiento verbal con ellos o por intermedio de un cooperante, quedan comprometidos a acudir a su llamado para las faenas sucesivas de la construcción; corta de la madera, acarreo de esta madera al

pie de la obra, colocación de los cimieftos, arboladura del madri-
naje y los tijerales, para terminar, por fin, con la faena de techo
y la gran comilona con fiesta de amanecida, que era la fiesta que
debía celebrarse en casa del mestizo Huentelicán.

Aparte de estas mingas de gran bombo y renombre, que po-
nen en agitación a toda la vecindad, conocemos otras mingas de
menor cuantía, como las de *voltea*, de aporca, de siega, de trilla,
trabajos colectivos que no se pagan con fiesta, sino que son de
trueque o a día cambiado, cuya labor comienza en la mañana y
termina cuando el sol «llega a su centro», con una merienda de
morra con *meldo* o de una porrada de harina; con linaza.

Hecha la anterior disquisición a modo de paréntesis, prosigamos el tema de esta pintoresca y simpática fiesta campesina.

Deseoso de volver a vivir en toda su intensidad y en todas sus fases la vida campesina que tantos recuerdos de la infancia me traía a la mente, propúseme asistir desde temprano, para observar todo el desarrollo de tan característica fiesta chilota.

Llegué a casa de don Beña en el momento preciso en que las mujeres majaban el mortero y se aprontaban para asentar los calderos entre el fogón y los morillos, mientras los hombres —frente al *quincho* de la huerta— se amarraban a la cintura el mazo de madera y el ato de boqui que habría de servirles para envarillar primero y para techar después.

Al juzgar por los visajes y *pilluntos* que provocó mi presencia, pude, desde el primer momento, darme cuenta de que no era persona grata entre aquella gente, cuyo contacto había perdido desde el día en que abandoné la escuela del maestro «Rajas» para ingresar al Liceo de Ancud.

—¿Quién es este *pinganilla*? —preguntó la más vieja de las cocineras, mientras con el *queldo* en la *huele* trataba de nivelar el *coillín* a fin de que el garfio de la cadena quedara frente al *thrapel* de una olla.

—¿Catay, mujer, que «están» diciendo? ¿No conocen al hijo de don *Pancho* Luma?

—¿*Benaiga* que está *soltero*?

—¡Y qué *maanto*!...

—¡Y qué *balumero*!... ¡Ya no conoce a «naides»!...

—Si dicen que tiene mucha *memora* y muy güen conoci-
miento.

—Entonces lo harán cura, «mañita» —replicó «ña Juarica», mientras vaciaba el mortero en uno de los calderos.

Corrido en esta forma, de la puerta de la cocina seguí al corredor de la casa nueva, donde «El Chiuque», «Mataca», «Zorzal», «Judío» y muchos otros, cuyos nombres verdaderos casi nadie conoce en Teguaco, se disponían a comenzar su trabajo.

Igual que entre las cocineras, mi presencia dió también entre los hombres lugar a ciertos *pilluntos* y miradas de fastidio y desconfianza.

—Buenos días, «Chiuque» —comencé diciendo en medio de mi atolondramiento.

—Así los tenga usted, mi señor caballero. Esperábamos a su mercé pa empezar la faena; pero parece que su mercé piensa que *agora* las mingas empiezan por el baile.

—¿Y este *jutre*? —masculló alguien que recién se incorporaba al grupo.

—Será *cooperante*... —replicó otro.

—No, hombre; será *thrauto*...

—Naa, iñor, si parece *colle*.

—Saque su cuello de loza pa trabajar, patrón; mire que se le puede quebrajar...

Y las pullas hubieran seguido, a no ser por la oportuna llegada de don Beña.

—¡Ala! ¡Ala, niños! *Abreveen*, miren que ya está el sol alto —dijo don Beña, mientras él se aprontaba a subir por la escalera para comenzar el *envarille*.

—¡Paja!... ¡Boqui!... ¡Vara!... —gritaban todos desde arriba, mientras «Coleo», «Coto» y «Nica» atendían desde abajo los pedidos de varas, boqui y paja.

Mucho antes de las oraciones ya estaba listo el techo, y después de servirse una porrada de harina, trabajadores, *cooperantes* y *thrautos* salieron en dirección a sus casas para cambiar las ojotas por zapatos y la cotona de *huiñe* por la chaqueta de casineta. Era que faltaba lo principal de la minga: la cueca de punta y taco con tupidos tragos de aguardiente.

Apenas cerrada la noche, ya estaban todos de vuelta, acompañados de sus familias y todos vestidos con sus mejores atavíos; no escaseaban los tongos, los chaqués ni los abrigos de felpa, prendas que, por resolución de sus precedentes dueños

—no por prescripción médica— habían sido condenados a pasar sus últimos días en el campo, en íntima camaradería con el poncho flechado, el rebozo de *huiñe* y el pantalón de *carro*.

Colocadas las mujeres en el *estrao* —unas a la orilla y otras acurrucadas en el rincón—, y los hombres al frente, comienza la distribución del aguardiente, un litro por persona, y en estricto orden de las *listas* entregadas por los *cooperantes*.

—*Agora* parece que *juera*, pero falta el *estrumento* —dice un mocetón muy empingorotado que se las da de chistoso, al mismo tiempo que «ña Choma», la consorte de don Beña, aparece con la vigüela en alto.

—*Toquen*, don «Choy» —dice ña Tomasa, ofreciendo la vigüela a un *marchante* que recién se incorpora a la fiesta y que no es *thrauto*, techador, *cooperante* ni *thraumo*. Es un simple *colle* que pagará como tocador el derecho a participar en aquella fiesta.

Y comienza la jarana.

*Aquí me pongo a cantar,
cabizbajo y vergonzoso,
pa que no diga la gente
que me hago menestero...*

.....
*Así y así es malazo,
dale un abrazo.*

—¡Aro!...—grita un mozalbete con voz estridente y confusa al mismo tiempo de servir un vaso de aguardiente a la pareja, la que, obediente al mandato del tocador, acaba de salir del *clinch*...

El bailarín toma la copa y la sirve galantemente a su compañera, bebiéndose él todo el resto.

Y en esta forma, sin mayores incidencias ni variantes, sigue la trifulca hasta que llega la hora de cenar. Entonces se paraliza el baile y se improvisan las mesas, al mismo tiempo que desfilan las cutamas de pan y las artesas de *dempas*.

Cada adulto del sexo feo recibe cuatro respetables panes y cuatro *dempas* no menos dignos de respeto, a excepción de «Vi-che», «Tato» y «Choy» que, en su calidad de *colles*, esperan pacientemente, cabizbajos y acholados. Pero al fin les llega su hora,

y después de una gira por la sala con la falda del poncho extendida, la *bochada* está lista y consiste en muchos trozos de pan, «tripulados» con *dempas* y tumbas de corderos. Sólo les falta probar el guiso y la *morra* con *meldo* y pelotas de milcao (pelotas de indio).

Mientras tanto, el entusiasmo ha decaído; sólo se oye el ruido de la masticación... y el tintineo de las cucharas pidiendo *recacha*.

Saciado por fin el apetito, se retiran las mesas provisionarias y a la voz de «¡viva la minga!», todos gritan, zapatean, saltan, golpean las paredes, formando una algazara infernal.

Restablecida la calma, pasa nuevamente la vigüela a poder de «Choy», quien se siente con nuevos bríos después de la pequeña dieta que se ha engullido.

*Con ésta no canto más
porque ya me duele un diente,
hasta que vea venir
la botella de aguardiente.*

.....
*Así es y así es malito,
dale un besito.*

Y a medida que los tragos menudean, el entusiasmo crece y se traduce en una infinidad de guaras, quimbas y requiebros de los mocos frente a sus maritornes.

En el paroxismo del entusiasmo se para un viejo en medio de la sala y propone cambiar la cueca por un «baile de más fundamento», como la pericono o la seguidilla; pero nadie le lleva el apunte.

Escudriñando el estrecho y brumoso horizonte, en un rincón de la sala, diviso a Pedro Huithrothro, un viejo analfabeto que ha dedicado toda su vida a aprenderse un corrido y algunas décimas, para mascullarlas en ocasiones tan solemnes como la presente. Requerido con insistencia, el viejo Huithrothro se pone en pie, se quita el sombrero, se pasa la manga por la nariz, tose, escupe en el *enraje* y, ante el embobamiento de su auditorio, da solemne comienzo al corrido titulado «El trigo y la plata».

El acto termina con una bulliciosa ovación en homenaje de Huithrothro.

Restablecida la calma, se lleva de nuevo la vigüela a «Choy», pero éste ya no es el hombre de antes. Los dedos se le enredan entre las cuerdas; ya nadie entiende lo que canta: el *guachacay* había hecho su efecto.

«*Dicen que borracho vengo,
borracho no vengo nada,
que si borracho viniera
por Dios que me bambaleara.*»

Pero la verdad era que apenas podía tenerse sentado.

Faltos de música, en los rincones se forman grupos que comentan y discuten animadamente sobre la minga, sobre el «Picazo», sobre la yunta del «Mari» y el «Cordillera».

—No habiendo como esa yunta —dice Nica a su compadre Pello—; no hay yugo que le aguante...

—Es que usted no conoce la mía, «pus», *compaicho*; con una rastra del «Cuya» y el «Zambo», tengo leña *pa too* el invierno.

—Miente usted, *cumpa*; mejor es la mía.

Y sin más causa aparente, se forma el gran bochinche y todo se vuelve desorden, confusión y gritos. La luz del único mechero que alumbra la pieza se pone cada vez más opaca. El aire viciado y pestilente oprime el organismo y dificulta la respiración. Hombres y mujeres ruedan en *throlquin* por el suelo, mientras los más precavidos y prudentes nos escurrimos sigilosamente hacia la puerta, recordando aquello de «don Juan Segura...»

Con la mente embrutecida y el organismo agotado por las toxinas, llegué a mi cuarto después del «tercer canto del gallo», pero me fué imposible conciliar el sueño. En mis oídos zumbaba el grito: «¡Viva la minga! ¡Viva a a a!...»

La minga de voltea

Antes que en Chiloé comenzara a utilizarse el arado, cuyo uso sólo data desde fines del siglo anterior, la faena agrícola más pesada y laboriosa era, sin duda alguna, la minga de *voltea* con lumas.

Como en todas las demás labores agrícolas, el primer paso para su realización consistía en *suplicar*, con algunos días de anticipación, la gente que habría de necesitarse, con el compro-

miso expreso o tácito de retribuir aquel día en idéntica o parecida labor.

La otra condición que era necesario tener muy presente era la calidad y fortaleza de los cooperadores, por tratarse de una faena sumamente dura, pesada y agotadora, que luego de comenzada se convertía en una dura competencia de rapidez, de fuerza y de resistencia.

El papal de don Elías Galindo, ubicado en Quetalmahue, muy cerca de la antigua Escuela de Ostricultura, ya abonado y listo para la *voltea*, tendría una cuadra de superficie, poco más o menos. Según esas dimensiones, la línea trasversal de este a oeste podría contener unos ciento cincuenta *camellones*, de ciento veinticinco metros cada uno. Por lo tanto, la totalidad del largo podría dividirse en diez *quepos*, de doce metros de largo cada uno.

Minutos antes de las ocho de la mañana ya se habían hecho presentes todos los *lumeros*, con el filo de sus lumas muy brillantes y sus chaños de cuero de oveja muy bien sobados. Cada *lumerero* llega, además, acompañado de una ayudante o palanquera, muy bien seleccionada entre las más robustas y ágiles mujeres de la vecindad, por cuanto de su habilidad y destreza depende, en gran parte, el triunfo del *lumerero*, triunfo que le creará fama y respeto en un ancho sector de aquel partido.

Tanto los *lumeros* como las palanqueras se miran de reojo, con recelo y desconfianza, cuchicheando entre sí acerca de las apariencias de resistencia y habilidad que presentan las otras parejas, especialmente cuando se trata de individuos desconocidos en estas lides o campeonatos lugareños. Naturalmente que en todo el partido se conoce muy bien a los buenos *lumeros*; pero, con frecuencia, suelen también descubrirse nuevos campeones entre la juventud que recién se inicia en estas agotadoras competencias.

Luego pasan al potrerillo del papal, en donde los camellones se encuentran diseñados en todo su largo, por el abono de majada extendido en la línea del *dachín*.

Son diez los *lumeros* que, antes de la puesta del sol, deberán cambiar totalmente el color y la estructura superficial de aquel terreno, transformándolo de verde en negro, y de raso y parejo en estriado, con sus *camellones* y *pundillos* alternados.

Mariano Díaz, uno de los más connotados campeones de las lumas, da la señal de partida. Obedientes a esta señal, todos

se ponen el *chaño* en la cintura y comienzan el primer *camellón* del primer *quepo*. Y aquí también comienza la puja de aquella competencia, sincronizada con bruscos y epilépticos movimientos de todo el cuerpo. Con sólo las fuerzas de sus puños, el hombre clava la punta de sus lumas ligeramente inclinadas hacia un lado; levanta luego las empuñaduras, para dar lugar a su ayudante a que encaje su *mellegüe* o palanca entre las lumas y el suelo; luego se yergue de nuevo y, afirmando ambas empuñaduras en el chaño de cuero de oveja que lleva atado a la cintura, empuja las lumas con el bajo vientre y todo el peso de su cuerpo, para bajarlas de nuevo, mientras su ayudante da vuelta la champa, completando el *camellón* con la de la pareja vecina.

Y así, en forma constante, agitada y monótona, continúa la reñida competencia: el hombre constantemente retrocediendo y saludando con flexiones profundas y respetuosas... y la palanquera, cambiando para uno y otro lado en el estrecho espacio de un solo *camellón* y siempre expuesta a chocar con las posaderas de las vecinas de ambos lados.

Después del segundo o tercer *camellón* la competencia se hace cada vez más enconada y violenta. La transpiración comienza a verterse por gotas, para continuar después casi a chorros, empapando las cejas y los *llipigües* del pobre *lumero*.

En el recinto de aquella porfiada lucha, nadie conversa, nadie escucha ni observa a nadie; sólo se oye el traqueteo de las lumas, los acompasados golpes de los *mellegües* y el graznido destemplado y chillón de los tiuques, en su continua disputa de las lombrices que bruscamente han sido interrumpidas en su benéfica labor de airear el subsuelo.

Con el cuerpo tambaleante de cansancio, jadeante la respiración, bufando y resoplando como un émbolo descalibrado, el *lumero* sigue haciendo flexiones muy corteses y respetuosas, mientras furtivamente hace resbalar la parte exterior del índice sobre la frente, como para significar que aquella tierra está siendo regada con el sudor de quien la trabaja en jornadas de tan enormes y duros sacrificios.

Conforme va terminando cada *camellón*, el hombre va dejando una punta de sus lumas sobre la otra. La palanquera toma la de abajo y marcha hacia el punto en que debe comenzar el otro *camellón* que les corresponde en el *quepo* ya comenzado.

Cuando hombres y mujeres parecían extenuados de cansan-

cio, aparece la dueña de la minga con una *urupa* de harina con linaza y un cántaro de agua cristalina. Terminado el pequeño refrigerio, que sólo consiste en una frugal *ulpada*, la competencia se reanuda, con igual o mayor euforia, hasta que una bandera blanca, que ondea frente a la casa de don Elías, está indicando a los porfiados competidores que ha llegado la hora del almuerzo.

La minga de aserrar

Entre las principales faenas domésticas de los campos de Chiloé, relacionadas con la agricultura, tenemos el picado a *gualato*, el *dachín*, la voltea, la aporca, la *quecha*, la siembra a *gualatoto* del trigo, la siega con echona, el engavillado, la colocación en *llío*, la trilla y la aventada. En intervalos más o menos espaciados, se realizan también las mingas de roces, de acarreo de fajina y de confección de cercos, ya sean de *llachi*, de cerca partida o de quincho.

Pero una de las faenas más duras y tan o más pesadas que la voltea con lumas de que hemos hablado anteriormente es la de aserrar, con sus variadas etapas y múltiples acciones. Todas estas labores se realizan previa «súplica» a los vecinos, con el compromiso, expreso de corresponderles en igual forma cuando se les precise en idénticos quehaceres.

Para realizar la labor de aserrar, se comienza por acarrear de la montaña largos trozos de madera a medio labrar, colocándolos al lado del aserradero, o mejor dicho, junto a un armatoste que lleva el pomposo nombre de aserradero y que sólo se reduce a una excavación practicada al borde de una loma u hondonada, elegida ex profeso, para sustentar con un par de horcones las vigas o soleras que, a su vez, habrán de sostener los trozos de madera que luego habrán de convertirse en tablas, cintas o cintones.

Los aserradores actúan en parejas, de un arribano y un abajino. Llegan al sitio de la competencia premunidos de una larga cuerda de hilado, impregnada en carbón molido y mojado, con el que marcan las hiladas del grosor que se necesitan las piezas aserradas.

La sierra de brazo es una larga lámina dentada de acero, de tres milímetros de espesor, poco más o menos, bastante más ancha en la parte superior, donde lleva un manubrio o mango

doble de madera, ajustado a su forma y estructura por medio de cuñas y piezas metálicas.

Una vez que el arribano se ha encaramado en la parte superior del aserradero, comienza la dura tarea de rebanar el poste. El ejercicio de la pareja consiste en levantar y bajar consecutivamente la sierra hasta lograr partir la madera con el esfuerzo de sus brazos, hasta quedar agotados y temblorosos, empapados en copiosa traspiración a causa del violento ejercicio que van realizando.

Existe la convicción de que la labor del arribano es más pesada y dura que la del abajino, porque aquél debe realizar un mayor esfuerzo para levantar por sobre su cabeza aquella lámina de acero de un metro cincuenta de alto y de 25 a 30 centímetros de ancho en su parte superior. Sin embargo, hay que considerar que el abajino trabaja con el tormento constante del aserrín que le penetra en los ojos.

Conforme la madera va mordiendo la sierra, una mujer o un niño se encarga de ir cambiando constantemente dos o más cuñas de madera introducidas en el poste y destinadas a facilitar el rodamiento de la sierra entre la pulpa de la madera.

La labor del aserrador es tan pesada y agotadora que muchos de nuestros paisanos han caído sobre la hilada del poste, fulminados por un infarto cardíaco o un derrame cerebral, pero cuyo deceso generalmente se atribuye a un certero flechazo de un brujo que lo acechaba en los alrededores del aserradero, como existe memoria de haber ocurrido a orillas del canal de Dalcahue.

La trilla con caballos

Una de las faenas más entretenidas y de mayor atracción para todos los que participan de ella, es la trilla con caballos o con yeguas.

Una vez señalado el día para llevarla a cabo, al segundo canto del gallo, los dueños de la trilla deben recorrer la vecindad despertando a sus colaboradores, para salir muy de alba a recorrer los campos de común usufructo, donde los animales pacen en la más perfecta armonía, sin demarcación de potreros, chacras ni potrerillos.

Para la tarea de reunir los caballos y las yeguas que se ne-

cesitarán en la trilla, se elige siempre la gente más joven y de mejores aptitudes para el lazo, porque, por lo general, para este trabajo sólo se utilizan yeguas y caballos chúcaros, a los que sólo pueden darles caza corriéndolos con caballos de primer orden.

Mientras los muchachos jóvenes recorren las pampas, los *guapis*, los *gualgües* y las dunas o médanos, persiguiendo, laceando o haciendo *guachi* a la yeguada que se ocupará en la trilla, los mayores se dedican a arreglar las eras, bajando los manojos de trigo del *campanario* o del *llío* donde los tenían secando.

Después de esparcir en el piso del *campanario* la primera capa de manojos o gavillas, el grueso de la cosecha se amontona al medio de la era, de donde se va derrumbando paulatinamente, al paso de los caballos y las yeguas, en su constante circular alrededor de aquel montón. En esta oportunidad, comienzan a tallar de nuevo los muchachos jóvenes, turnándose en las *orillas* y en las *pajadas*.

Se da el nombre de orillas a una jornada que dura entre quince a veinte minutos, poco más o menos; durante la cual un mocetón se encarga de azuzar la yeguada mediante animados gritos y fuertes rebencazos con una larga fusta, hasta aplanar completamente el montón central y convertir la caña del trigo en suave y mullida paja.

Al término de cada *orilla* se saca la yeguada a la *manga* mientras los suplicados de mayor fundamento revuelven, sacuden y amontonan de nuevo, en el centro de la era, los manojos de trigo a medio moler, para iniciar la segunda orilla, con el nuevo mocetón que debe seguir blandiendo la fusta, repitiendo con viveza y fruición las consabidas monsergas: ¡Yegua! ¡Arre yegua! ¡Vuelta la yegua! ¡A la orilla la yegua!, todo condimentado con otros garabatos bien surtidos.

Después de dos *orillas* viene la *pajada*, etapa en que se comienza guardando la paja ya molida y moviendo el material hasta el fondo del piso, para volver a reconstituir el montón del centro de la era.

Con esta constante repetición de las diversas etapas de la faena de trilla, se llega al final de ella, cuando la era queda lista para iniciar la *jugada*, de la que ya hemos hablado en otro capítulo.

Al día siguiente viene la *aventadura* o *aventada* y, por últi-

mo, la guarda del trigo en graneros de madera. (Cp. Cavada, 935-936.)

El reitimiento

No hay duda que una de las fiestas o comilonas campesinas de mayor atracción para cualquier persona oriunda de Chiloé, es el *reitimiento* o derretimiento.

A ningún parroquiano de aquellas comarcas, por *anqueno* que parezca, le faltarán los posibles para agenciarse el *cuchesito* que cada año debe alojar en el chiquero, por espacio de dos o tres meses. Al final de este plazo, el chancho, crecido y gordo, pasa a convertirse en el más apetecido y tentador de los bocados para toda la prole y para los vecinos que se creen, por lo menos, con derecho a *lloco*. La tarea de la engorda es larga y molesta, pero compensadora. En los primeros días, el chancho se alimenta de raspaduras y *cuchipoñes* crudas; pero, conforme transcurre el tiempo se va poniendo más regodión y hay que darle toda la comida cocida y mezclada con harinas o afrechos, comprados expreso y con grandes sacrificios por el dueño del chancho.

Después de unos dos meses de cautiverio, el cogote del cerdo se pone grueso y duro. Como tiene dificultad para pararse, come siempre acostado. Luego comienzan los cálculos de los vecinos y amigos acerca de los dedos de gordura que representa, para deducir, por ende, las latas de manteca que puede producir.

Como todas las tareas y entretenciones campesinas de esta provincia se realizan mediante el mutuo aporte y cooperación de los vecinos, tan luego se señala el día del sacrificio se avisa a los que deben concurrir al comistrajo. Generalmente se juntan dos o tres familias completas, entre las que se distribuyen todas las labores de esta simpática faena. En los mataderos públicos se acostumbra arrancar a los cerdos el pelaje con agua caliente. Es la forma más sencilla y rápida de limpiar la superficie de la piel del cerdo sacrificado. Pero, en los campos, esta limpieza se hace en una forma más difícil y engorrosa, pero mucho más útil para el aprovechamiento de la *thragua*, la que cocida en las brasas del fogón es un bocado muy apetitoso y verdaderamente exquisito. Se quema el pelaje del cerdo con una llama de *coleos* y chamizas, raspando simultáneamente la superficie con cuchillos o astillas de cantos filudos.

Después que el cerdo está quemado y raspado, se le hace un corte profundo en la parte posterior del cogote para comprobar los dedos de espesor que tiene el tocino en esa parte y poder hacer, en seguida, el cálculo aproximado de las latas de manteca que puede obtenerse.

A continuación viene el descuartizamiento del animal, y la separación, del tocino y la empella para los chicharrones, y los lomos, guachalomos, permiles, costillares y jamones, que quedarán ahumando en el *coillín*, mientras adquieren ese sabor exquisito de carne secada al humo.

Apenas entrada la noche, comienza la fritanga de chicharrones, sopaipillas y milcaos, todo en abundancia, haciendo *aupe* aquellas provisiones que debieran durarles para un par de semanas.

Haciendo realidad aquel dicho vulgar de «barriga llena corazón contento», la fiesta se desarrolla en un ambiente de la más perfecta armonía entre chicos y grandes. Por ese día disponen de comestibles en tal abundancia que ni los niños tienen el menor motivo para reñir. Por el contrario, durante el día y la noche del *reitimiento*, se hace tal *aupe* de aquellos sabrosos y bien condimentados bocados que casi todos los chiquillos terminan por hacer *poipo* y a media noche van casi todos «al *boqui*»...

Pero aquel derroche no ha sido inútil; en el peor de los casos, esta reunión familiar sirvió a la dueña del *reitimiento* para sacar una lección de buena crianza para sus hijos.

—¿Se fijaron ustedes —les dice— cómo los chiquillos de la comadre Julala se chupaban anoche los dedos al lote, todos juntos? Eso no se hace. Es muy feo. Y si uno se tienta por hacerlo..., debe cuidarse de no hacer ruido, chupándolos con cuidado... de a uno... por uno...

Al día siguiente se reparten los *llocos*, y todos los que fueron invitados a participar del gran banquete regresan a sus casas con una gran *bochada* y aprontándose para corresponder en igual forma, cuando el *cuche* de su propiedad termine su cautiverio. (Cp. Cavada, 132-135.)

Las faenas de caminos

En varias estampas de este trabajo, relacionadas con las costumbres chiloenses, hemos hecho notar y dejado expresa cons-

tancia del espíritu de solidaridad y mutua colaboración que siempre ha existido en las relaciones familiares de los habitantes de Chiloé.

En la presente, deseamos insistir en ello, pero no ya como una simple colaboración personal entre vecinos o parientes, sino como una institución solidaria de actividades públicas y de beneficio general, para todos los ciudadanos de un distrito, subdelegación o departamento determinados.

Nos referimos a las faenas camineras, que en la provincia de Chilcú llegaron, en el pasado, a constituir una verdadera institución pública, con finalidades tan provechosas y filantrópicas como lo son hoy día los Cuerpos de Bomberos a lo largo del país.

Entendemos nosotros que esta simpática labor, gratuita y colectiva de los caminos, arranca del tiempo de los españoles. Era la forma en que estos intrépidos colonizadores de la región austral suplían su carencia de presupuesto, con el aporte de trabajo personal de los mismos vecinos que habrían de utilizar esas carreteras.

El primer camino real o público construido en la provincia de Chiloé fué el de Caicumeo, que une los pueblos de Ancud y Castro, recorriendo lo que podríamos llamar la espina dorsal de la Isla Grande. Fué trazado a puro ojo y abierto a hacha y machete por el genio intrépido de un cacique del lugar, de quien deriva su nombre. Antes de construirse este camino y los transversales que llevan a la costa, todo el tráfico de la Isla Grande, todo el comercio de la provincia de Chiloé, se hacía por la vía marítima, en botes, chalupas, lanchas, balandras y goletas, construidas en las costas del canal de Dalcahue, donde aún subsiste un punto que lleva el pomposo nombre de «El Astillero».

Era de ver, en aquellos tiempos, los pintorescos cuadros que presentaban las ensenadas, golfos y canales, tachonados de estas embarcaciones, que parecían bandadas de gaviotas o de *tildiutas*, según el color de su velamen, surcando sus cristalinas aguas, para llevar su comercio de chicha de manzana, papas *toltenas*, trigo candeal, jamón de *cuche* y tablas de alerce, a los centros de mayor actividad y comercio, como lo eran Ancud y Castro.

Con el uso de las vías terrestres —camino de Caicumeo y los transversales que llevaban a la costa— el tráfico marítimo comenzó a declinar visiblemente. Para mantener expeditos estos

caminos, se establecieron las cuadrillas vecinales, controladas desde arriba por los intendentes y gobernadores, y vigiladas, en el terreno mismo, por los subdelegados y los inspectores. Como puede verse, en último término, era el inspector del distrito el que confeccionaba las listas y distribuía los trabajos que le correspondía realizar a cada cuadrilla. A los vecinos que podían aportar una yunta de bueyes, con carreta o *dornajo*, para el acarreo del material de relleno, consistente en *cheñiche* o cascajo, se les abonaban dos o tres días del trabajo personal que le correspondía en la cuadrilla.

Esta forma tan simpática y económica de mantener, siquiera en regular estado, los caminos de Chiloé, duró hasta el año 96, cuando comenzó un tráfico más intenso con motivo de la colonización de la provincia. Se hizo, entonces, necesario abrir nuevos caminos hacia las colonias y conservar los antiguos por medio de cuadrillas contratadas —ya no gratuitas— por un inspector de caminos primero, y por un ingeniero de provincia más tarde.

En esta forma, lenta y paulatinamente, se extendió el vocablo «faena», aquella palabra tan simpática y sencilla que por antonomasia expresaba los conceptos de arreglo de caminos, notificación del inspector del distrito, solidaridad social, trueque de trabajo con los vecinos, etc., etc.

Un velorio y un entierro

Todo el vecindario de Teguaco tenía conocimiento de la gravedad de doña Concepción Galindo; pero nadie se imaginaba que la cosa fuera tan peligrosa como para doblegar la valentía y animosidad de aquella pispirigua señora. No podía ser posible, se decía el vecindario, que una enfermedad vulgar y corriente pudiera amortiguar un cuerpo y acallar una lengua tan implacable y temeraria como la de doña Concepción Galindo...

Patricio, su marido, el mártir del mutismo, que nunca encontró la oportunidad para expresar su pensamiento en el seno de la familia, se sentía desorientado ante la perspectiva de recobrar su libertad, sin saber cómo la emplearía.

La noticia de la gravedad de doña Concepción se esparció por el vecindario con una rapidez vertiginosa, igual que los chismes de doña Concepción, cuando descargaba sus proyectiles contra una infortunada víctima.

Doña Concepción se moría, no había remedio, decía el vecindario, y don Patricio Ojeda recobraría el pleno goce de su autoridad donde nunca pudo ejercerla. El la perdonaba de todas sus angustias y deseaba que también su cónyuge se reconciliara con Dios, antes de su partida.

Hizo llamar al *patiro*; pero éste acudió de malas ganas, tal vez por estimar que sería un sacrificio inútil el tirarse la carreta hasta Teguaco para encontrarse, a la postre, con la imposibilidad de rescatar del infierno aquella alma tan empedernida.

La agonía de doña Concepción fué corta, pero agitada. Parecía como que quisiera dictar a Patricio sus últimas disposiciones acerca de la conducta que debería observar durante su larga ausencia. «Cuando vayas a reunirme conmigo en el otro mundo —alcanzó a decirle, en un último esfuerzo para seguir imponiendo su voluntad—, te quiero ver llegar solo, Pachi, porque es necesario que respetes mi memoria.» Y después de este esfuerzo, doña Conche empezó a boquear.

El desenlace se produjo un domingo en la tarde. La noticia de su muerte corrió rápida, veloz, por todo el distrito, y antes de las oraciones ya empezaron a llegar los primeros asistentes al velorio. Para atenderlos, se hizo degollar tres corderos y se hizo llegar algunas botellas de *guachacay* para los gloriaos. La concurrencia fué enorme. Llegó gente hasta de los puntos más distantes, como Polocué, Pilluco, Huabun, Palicura, etc. Parecía que, a pesar de muerta, doña Concepción seguía inspirando temor y respeto a los que fueron sus víctimas en vida.

Los asistentes rezaban y comentaban aquel desenlace, producido, a ojos vistas, por la maligna intervención de un brujo, ya que, según el unánime parecer de los asistentes, ninguna otra clase de enfermedad habría sido capaz de doblegar aquella naturaleza tan rebelde y altanera. Seguramente se trataba de una venganza por algún pelambre o chisme de gran calibre, de esos que echaba a volar la finadita. Patricio parecía atontado con la expectativa de recuperar su libertad; no pronunciaba una sola palabra. Parecía que también él creía en el poder sobrenatural de la difunta, y de la posible venganza que podría tomar desde el más allá.

A media noche, cuando ya todos los concurrentes tenían el estómago en buen estado de tensión con las *tumbas* de cordero que habían ingerido y el labio caliente con el gloriao, comenzó

el rumor, bajo y sordo primero, y golpeado y fuerte después, acerca de los trajines y la remolienda que afuera habían organizado los brujos, celebrando su triunfo, por haber volteado a la señora más brava y temida de aquella extensa comarca. Desde ese momento, tácitamente, todos convinieron en esperar el nuevo día para acompañar a doña Conche hasta su última morada.

La forma de conducir el cadáver sería la misma que siempre se usa cuando se trata de largas distancias. En este caso, unas cuatro leguas mal medidas. Desde el día anterior se encontraban listas dos barras o *guiones* de luma, con las que se formaría un doble *quelmo* para que el ataúd fuera conducido por cuatro robustos jinetes que se irían turnando consecutivamente.

Antes de la partida se produjo un pequeño mal entendido entre el cura Barrera y los dolientes, porque don Patricio no disponía, por el momento, del dinero necesario para cancelar al contado sus sagrados servicios. Pero todo pareció arreglarse cuando don Patricio se comprometió a vender uno de los bueyes de su yunta al día siguiente. Sin embargo, parece que el arreglo no fué definitivo por cuanto, después de recorrer un par de leguas, a la altura de Quiguao, poco más o menos, de improviso el cura Barrera acalló sus responsos y letanías y llamó a su presencia a don Patricio para notificarlo, personalmente, de que «sólo hasta ahí llegaba el primer buey»...

Estaba escrito, pensó don Patricio, que su consorte lo seguiría torturando hasta más allá de la muerte. Pero luego de barajar nuevas condiciones del contrato con el *patiro*, éste reanudó sus letanías y el cortejo prosiguió su marcha hasta el cementerio, ubicado en el villorrio de «La Capilla», que hacía el papel de capital de la subdelegación de Quetalmahue.

Una vez sepultados los restos de la difunta, una parte de los concurrentes regresó a sus domicilios, pero la mayoría de ellos se quedó consolando al viudo en una cantina clandestina de «La Capilla».

Los tragos fueron tupidos y largos. Llegada la media tarde, la *rasca* era general. Patricio, que en un principio trató de guardar la mayor compostura, dió luego rienda suelta a su entusiasmo y hasta intentó entonar la cueca «Veinticinco limones...» Pero luego recapacitó y explicó su situación diciendo: «¡Tengo ganas de cantar, compañeros; pero no puedo, por la muerta...!»

Los compañeros de Patricio no supieron interpretar si su

declaración era una demostración de pesar por la muerte de doña Concepción, o de un resabio del temor con que la difunta seguía amargando la vida de don Patricio.

LAS FIESTAS RELIGIOSAS

Todas las parroquias rurales, y aun las capillas modestas que no son asientos de parroquias, celebran todos los años, en medio del mayor alborozo y sincera devoción, las fiestas de sus santos patronos. Las fiestas más comunes, muy repetidas, además, en los distintos villorrios de la provincia, son la de Purísima, la de Candelaria, la de San Francisco de Asís, la de San Judas Tadeo, la de San Antonio, etc., etc.

Algunas de estas fiestas son tan sonadas y concurridas que suelen reunir a muchos miles de feligreses, que acuden desde los más lejanos y variados lugares, llevando suculentas mandas en dinero o realizando extravagantes y espectaculares penitencias, en homenaje a la virgen o al santo que se venera, en pago de alguna gracia o galardón que les fué concedido.

Tal ocurre con la milagrosa Virgen de Candelaria, de la parroquia de Carelmapu, donde algunos feligreses suelen llegar de rodillas a postrarse a los pies de la imagen. Pero, desgraciadamente, este acto de profunda contrición dura poco; la euforia en el culto de la Virgen de Candelaria se esfuma tan luego como esos mismos fieles quedan rezagados a la vera del camino, disertando acerca de la paradójal monserga que ellos vienen practicando: «Tomar hasta quedar botado; lo demás es vicio». Luego, después, la *rasca* resulta descomunal; igual a la del año anterior y del mismo porte de la que se producirá el año venidero.

Estas ansiadas festividades y sus preparativos duran varios días, entre los arreglos de las carpas destinadas al expendio de licor y comestibles, el ensayo de los cantos sagrados, el aderezo interior de la iglesia y la erección de los arcos por donde deben pasar las sagradas imágenes de los santos que se veneran en aquel lugar, que por el momento se ha convertido en un campo de diversión y penitencia, de devoción y de jolgorio.

Las vísperas.—La etapa más interesante y de mayor fundamento; la que se practica con mayor compostura y más bombo por participar en ella los más connotados feligreses de la parroquia, es la de «las vísperas», o sea la que se practica el día an-

terior al del onomástico del santo patrono y que sirve de ensayo o de anticipo de las fiestas que deben celebrarse al día siguiente. Es aquí donde el fiscal de la parroquia ejerce toda su autoridad y luce todo el brillo de su erudición en cuanto concierne a la liturgia de la iglesia católica.

Para organizar esta etapa, el fiscal comienza por dirigir una invitación para reunirse en la *casemita*, a todas las personas de alguna significación de las que viven dentro de los límites parroquiales, con el propósito de designar el Cabildo que dirigirá aquellas festividades, con la especial recomendación de darles el mayor brillo posible.

El Cabildo es una institución que trata de imitar a su género profana, con raros agregados de cargos y funciones públicas, ideado, según dicen, por unos misioneros jesuitas con el propósito de deslumbrar a los nativos de Chiloé con el despliegue de aquellas prácticas semipaganas. Está formado por trece personas, diez hombres y tres mujeres, cuyos cargos, según lo expresa don Agustín Álvarez Sotomayor en su obra «Vocablos y modismos del lenguaje de Chiloé», se distribuyen de la siguiente manera: un Supremo, un Gobernador, un Coronel primero, un Coronel segundo, un Regidor primero, un Regidor segundo, un Ayudante primero, un Ayudante segundo, un Abanderado primero, un Abanderado segundo. Total, diez funcionarios masculinos. Una Suprema femenina, una Princesa primera, una Princesa segunda. Total, tres funcionarias femeninas.

La mayor parte de estos y otros nombramientos, hasta completar el número del personal que debe actuar activa y directamente en los festejos, los realiza el Supremo, en una ceremonia denominada «nombraciones». Entre los personajes de más destacada actuación, ya que de ellos depende en gran parte el brillo y compostura de las fiestas, son el maestro y la maestra de ceremonias, cuyo papel consiste en ordenar y en aplicar el protocolo, señalando las colocaciones y las actuaciones que le corresponde desempeñar a cada grupo o funcionario del Cabildo. La principal reunión, por lo tanto, que realiza esta corporación, durante las festividades religiosas del lugar, es la que se verifica la víspera del santo Patrono.

Esta reunión puede verificarse en la *casemita* o en la casa particular de alguno de los vecinos que integran el Cabildo. Aquí se discute ampliamente acerca del desarrollo de las fiestas, la

colocación y el cometido que desempeñará cada funcionario del Cabildo durante la procesión del día siguiente y acerca de los atavíos que, de acuerdo con los maestros de ceremonias, deben llevar los componentes del Cabildo y especialmente las princesas. Dilucidados estos puntos y a modo de ensayo de su próxima presentación, sale el Cabildo de la casa, llevando a la Suprema bajo un arco de madera, adornado con rosetas, cintas y flores multicolores, cantando los «gozos del santo», con acompañamiento de vigüela, violín y flauta. Se da una vuelta completa alrededor de la iglesia y al entrar en ella se encuentran con el señor cura, que les esperaba para comenzar «las vísperas» con cantos en latín desde el coro y el altar.

Después de estos cantos, que resultan como la coronación de «las vísperas», el Cabildo regresa al punto de partida, la *casemita* o la casa particular de donde salió, entonando cantos sagrados y en correcta formación, confiando en que aquella fiesta superará a todas las celebradas en años anteriores. (Cp. Cavada, 151-158.)

FIESTAS FAMILIARES

San Juan

Además de las festividades religiosas, en el día del patrono de cada parroquia se reúnen grandes multitudes a cumplir sus mandas y promesas, mientras comen bien, beben mejor y riñen violentamente. El culto general de algunos santos muy populares de la Corte Celestial, tales como San Juan, San Pedro, San Francisco, Santa Rosa, Las Carmen, etc., dan magníficas oportunidades para fiestas, bailes y comilonas.

Entre todos los santos de la Corte Celestial, para los campesinos de la provincia de Chiloé no existe ninguno más simpático y celebrado que San Juan Bautista. Los aprestos de su fiesta comienzan desde unas dos o tres semanas antes del 24 de junio. Generalmente se unen dos y hasta tres familias para celebrarlo juntos, con un aporte equitativo de comestibles y licores.

Se dice que San Juan —no se de dónde habrán obtenido el dato— es un santo de caballería, que posee un caballito muy brioso, muy arisco y huidor, y que en la temporada de su ono-

mástico, ante el peligro de quedar de a pie, el santo tiene que recurrir a la *taja-taja*, ave nocturna de veloz y bullicioso vuelo, para lograr aprisionarlo en un callejón de allá arriba... entre nimbos y cirros...

Debido a esta preferente atención del santo, para celebrar su onomástico a caballo, también sus devotos de la tierra encuadran sus preparativos al caballo y a los aperos de montar. Unas rodilleras, un pegual, una jáquima o un culero nuevos, son las prendas más apetecidas para estrenar en los días de San Juan, que son días de verdadero jolgorio campesino. Además, el caballo debe estar bien alimentado, con pastos y granos muy nutritivos, para resistir las cabalgatas de varios días con sus respectivas noches que en aquella época debe soportar.

En los tiempos de mis recuerdos, para estas tertulias era costumbre tener en la casa el caballo listo y la despensa bien surtida para recibir y atender como se merecían aquellas eufóricas visitas que deben de llegar de un momento a otro, anunciando su presencia con divertidas y pintorescas cantifiñas y esquinzos alusivos a las circunstancias, casi siempre sintonizados con las lluvias, truenos y relámpagos, propios de la época y la región,

Por este motivo, constantemente pude escuchar críticas y pelambres contra el santo, por su indolencia para atender los pedidos de su clientela terrena.

—Lo único que ha conseguido ante la Corte Celestial —decían sus impugnadores— es un pequeño veranito de invierno, pero sin darle, siquiera, una ubicación adecuada ni una extensión precisa.

—Es que San Juan no es un santo gestor, como lo son San Isidro y San Antonio, por ejemplo, cuando se trata de calmar una sequía del estío o una pasión del espíritu —replicaban con vehemencia sus defensores.

Sea de ello lo que fuere, la verdad es que con cualquier laya de tiempo la comparsa de jinetes subía, a veces a diez o doce, y durante varios días antes y después del preciso en que debía celebrarse el santo, pasaban las noches de claro en claro, viajando, comiendo, cantando y bebiendo completamente gratis, a costillas de los que iban incorporándose a la comparsa. La estadía en casa de los nuevos matriculados sólo duraba el tiempo necesario para saborear, muy a la ligera, un cóctel de milcao y chicha de manzana y de echarse al cuerpo una frazada de mistela, elemento in-

dispensable para espantar el frío y seguir enrolando gente en la caravana.

Pero dejemos por un momento la bulliciosa cabalgata de estos eufóricos trasnochadores y volvamos a fijar nuestra atención en la casa en que se han reunido las familias de los diez o doce aparceros, para enterarnos de la forma en que preparan las «bodas» con que celebrarán aquella ansiada fiesta.

Es arraigada costumbre de mi tierra el fijar ciertos platos raros y novedosos para estas fiestas de origen y tinte religioso. Así, por ejemplo, para el San Juan, invariablemente se carnea un *cuche* y se prepara el chuño en grandes cantidades, para saborear el *thropón* y para darse el placer de verlo bailar sobre las brasas del fogón, al amanecer del 24 de junio.

Igualmente, para esta fiesta todo campesino, por pobre que fuera, se hacía confeccionar una hornada de pan, con sus respectivos bollos y roscas de las más variadas formas y tamaños, para los chiquillos de la prole. Puede decirse que el horno de cangagua que posee cada vecino, sólo se usa una vez al año: para las fiestas de San Juan. Para esos días también se acostumbra a acumular grandes cantidades de leña seca, de luma o de tepú, con el objeto de producir mucho calor para los asados y bastantes brasas para formar la pista del *thropón*, cuyo contenido, desde la «capa pobre», se va saboreando con verdadera fruición, untada con el exquisito jugo del asado, que se va recogiendo en platos de greda.

Un plato legendario e infaltable en el menú de San Juan, que se servía antes o después de la cazuela de ave, y cuya preferencia jamás pude comprender dado lo insípido del bocado en comparación con las otras viandas, era la sopa vulgar y corriente de caldo bien condimentado y espesado con finas rebanadas de pan.

Durante la ronda de los mayores, el resto de la prole, especialmente la muchachada que entra a formar el nuevo clan familiar, se entretiene en sacar la suerte, ya sea la del huevo roto y vaciado en un vaso de agua fría, o la de las consabidas tres papas arrojadas bajo el catre, pelada la una, con cuero la otra y a medio pelar la tercera. Al tomar una de las tres, la suerte indicará el grado de prosperidad que aquel sujeto alcanzará en la vida. Pero la entretención más interesante de la noche del 24 de junio es, sin duda alguna, la observación de los entierros, ya

que su realización lleva aparejada la posibilidad de descubrir y apropiarse de un tesoro inesperado.

Terminado el cordonazo de fiestas, todos los contertulios vuelven a sus hogares, trasnochados, cansados, macilentos, agotados, y con el ombligo completamente borrado de tanto comer y beber.

OTRAS FIESTAS PROFANAS

Fiestas de onomásticos

Además de la fiesta de San Juan, que es la más movida de toda la provincia, se celebran en Chiloé muchas otras fiestas conmemorativas de vírgenes o de santos de menor cartel y resonancia, como San Pedro, San Francisco, Santa Rosa, la Pascua de Navidad y de Resurrección y, además, todas las que se celebran en las parroquias —que no son pocas— en nombre y conmemoración de sus santos patronos.

Casi todas estas fiestas se caracterizan por el *aupe* que en ellas se hace de las comidas y por las *rascas* que en ellas se pegan nuestros parroquianos. La de San Pedro, por su vecindad a la de San Juan, viene a servir como para hacer *ñimilo* los conchos rezagados de la que se celebró anteriormente. Se repiten los asados y los thropones, con su correspondiente remojón de mistelas y vino tinto.

San Francisco

La fiesta de San Francisco se convierte siempre en una monumental fritanga de empanadas, cuyos pinos, muy sabrosos y condimentados, se preparan desde el día anterior y pasan la noche en amable compañía con los sabrosos jamones recién descolgados del *coillín*, donde estuvieron ahumándose por espacio de cuatro meses. También esta fiesta se acostumbra celebrarla en sociedad con algunos vecinos, pero el entusiasmo que en ella se pone no tiene comparación con la de San Juan.

Otras fiestas

Las otras fiestas de onomásticos sólo se celebran en aquellas casas donde hay una persona del nombre del santo, con mayor razón si se trata de un representante del bello sexo. La fiesta

puede tener su origen en una invitación especial de la dueña del santo o por iniciativa de los propios concurrentes: Antes que gastos y molestias para los dueños de casa, esta fiesta redundaba, a la postre, en beneficio de ellos, por cuanto todos los gastos corren de cuenta de los visitantes. Esta es la fiesta llamada del *célebre*: así, como está escrito.

Noche Buena

Otra fiesta que se destaca en el ambiente campesino por el uso preferente de un bocado determinado, es la Noche Buena o vísperas de Pascua, en que todas las familias organizan una gran comilona de queso, en *muneto* con papas añejas, de unas que se guardan en el *llagne* de la cocina, frente al fogón. Cada miembro de la familia, sea grande o chico, hombre o mujer, se encuentra la vísperas de Pascua provisto de un punzón para asar el queso entero que le corresponde, de un tamaño siempre adecuado y proporcional a su edad, para evitar en lo posible las consecuencias del *chille* que produce el abuso en la ingestión de este bocado.

La cena

Para aprovechar de reunir algunos pesos con las reservas de los chanchos sacrificados para el San Juan o para el tiempo de la ceba, la que generalmente termina por los meses de julio o agosto, muchos dueños de casa organizan una fiesta de cena en sus casas, con una cuota fija por cada asistente. Casi siempre se trata de hacerle los honores a un costillar o a un jamón ahumados, en *muneto* con papas añejas bien escogidas del *llagne*, con pèbre o zarza encebollada y bien picante. En los tiempos de mis recuerdos, la cuota no subía de ocho reales por persona, o sea, un valor de un peso o un peso por asistente. Con el valor de esta paga se comía y se bebía durante toda la noche, y con frecuencia hasta se solía llevar venta de añil para la casa... (Cp. Cavada, 130-132.)

IV. COMIDA

El curanto

Un bocado muy apetecido y succulento, no sólo para los nativos de Chiloé, sino que para todos los que por cualquier circuns-

tancia de la vida llegan a establecerse en estos terruños, es el curanto.

No hay duda que el origen del curanto es la tierra que queda al otro lado del «Desaguadero» de Ercilla y Zúñiga; pero como el chilote es un *cristiano* tan andariego, ha esparcido la adopción de este bocado por varias provincias, especialmente por las colindantes o vecinas a Chiloé, como Valdivia, Osorno y Llanquihue, en las que, puede decirse, ya ha tomado carta de naturalización. También se acostumbra el curanto en Valparaíso, donde la magnífica labor técnica de la numerosa y selecta colonia de marinos chilotes, no le impide conservar muchas de las sanas costumbres isleñas.

Aparte del curanto confeccionado y servido en hoyo, existe otro curanto de inferior categoría, o curanto de pacotilla, como pudiéramos llamarlo, confeccionado en paila o en olla, conocido por el nombre de *pulmay*. Pero su sabor no es, ni con mucho, igual al cocido en hoyos, al calor del vapor salobre de los mariscos.

Para la confección de un curanto se comienza por hacer un hoyo de boca y de fondo circulares. Sobre el hoyo se amontona, en bastante cantidad, leña seca de luma o de tepú. Sobre las capas de leña se coloca gran cantidad de piedras, del tamaño del puño cerrado, poco más o menos, destinadas a retener y a conservar el calor de la fogata, para la cocción de los mariscos y de los comestibles que se agregan a este apetitoso bocado.

Una vez convertida la madera en brasas se procede a arreglar las piedras calientes en el fondo del hoyo, eliminando de él los tizones que no alcanzaron a carbonizarse. Una vez arregladas las piedras, que se han puesto rojas del calor, se vacian los sacos de mariscos, comenzando por aquellos de concha más dura y resistente, como la taca y la cholga. Después de los mariscos se colocan las habas, arvejas y las papas nuevas y añejas. Antes de colocarle las viandas que debe llevar, es necesario arrojarle un poco de agua para provocar una violenta evaporación con las piedras calientes, la que, a su vez, obliga a los mariscos a largar y a evaporar su agua salobre, que es la que da a todos los comestibles el sabor tan agradable y apetitoso del curanto. En esta etapa de la faena es cuando se le agrega el chorizo, la carne, el queso, el milcao, los *chapaleles*, el pescado y todo lo que se haya destinado a esta verdadera olla podrida. Estos comestibles suelen colocarse también en platos, fuentes o azafates; pero, para evitar

que ocupen mucho espacio, se colocan sobre los manteles, al ras de las habas, arvejas y papas. Y viene después el tapado del curanto. Lo más adecuado para éste objeto es la hoja de pangui, por lo grande, limpia y resistente. A falta de hojas de pangui se usan hojas de helecho, pasto miel o pasto ovillo. Por último, la capa final es de *tepes*, bien ajustado entre sí para evitar el escape de vapor o la traspiración del curanto, lo que demoraría su cocción y le haría disminuir su agradable sabor salobre.

Un curanto demora de cuarenta y cinco minutos a una hora en cocerse. La diferencia de tiempo depende del estado de calefacción en que los técnicos de su confección hayan encontrado las piedras del fondo.

Cuando un curanto se confecciona para el consumo exclusivo de los nativos, no se busca ninguna clase de comodidad. Nada de asientos, mesas, platos ni útiles de cortar. Todo se consume en forma primitiva, sentados los asistentes sobre el césped chamuscado por el fuego, al borde del hoyo.

Pero en los curantos en que debe participar gente extraña y desconocida, o en que deben participar «los ricos», como llaman los campesinos a todos los pueblerinos que usan cuello y corbata, la cosa cambia fundamentalmente de aspecto. Se colocan bastantes mesas y sillas alrededor del hoyo. Se usan soperas, fuentes y azafates y toda clase de utensilios de cortar y de trinchar. Se sirve abundante y buen vino, ya que los moluscos, equinodermos y crustáceos parecen transformarse en absorbentes esponjas dentro del estómago.

Cuando una persona se encuentra por primera vez frente a un curanto, no le entusiasma ni le despierta el apetito. Por el contrario, el aspecto rústico y desordenado que presentan los comestibles emergiendo de la tierra, produce cierta aversión y desagrado.

Recuerdo a este respecto, de unos curantos, organizados con todas las de la ley en San José de Maipo, allá por el año 1939, poco más o menos, por el entonces diputado don Juan de Dios Ampuero. Al observar las engorrosas y desordenadas maniobras de su realización, muchos de los setenta y tantos asistentes al acto dieron vuelta las espaldas para volver a hacer once a sus casas.

Cuando se destaparon los curantos vi muchos gestos de contrariedad y desagrado, frente al aspecto de promiscuidad que

presentaba la gran variedad de comestibles. Pero después de saborear los primeros bocados, el panorama cambió por completo. Como aves de rapiña se arrebatában los comestibles de la boca, hasta dejar completamente vacío y exhausto el hoyo que sirvió de receptáculo a aquel rústico y sabroso banquete.

Para los chilotes, el curanto es un bocado exquisito, de primer orden. Parece que el vapor salobre que se infiltra en todos los comestibles se encarga de transmitirle ese sabor agradable y apetitoso con que deleita a sus participantes.

La gente de las islas lo considera, además, como una panacea de la salud y aun como un filtro misterioso contra la esterilidad femenina. «Lleva tu señora para Chiloé y que coma bastante curanto», dicen los chilotes a sus amigos de Santiago cuando los oyen lamentarse de la esterilidad de sus mujeres.

Estudiando con detenimiento la gestación y la finalidad de los curantos, éstos pueden dividirse en tres categorías:

1.º El curanto restringido y pobre, confeccionado exclusivamente para el momento y para la familia de la casa. A este curanto sólo suele agregársele papas, habas y arvejas.

2.º El curanto también sencillo, pero muy abundante en mariscos, para secarlos y guardarlos para la venta o para el gasto del invierno.

3.º El curanto de gran categoría, bien surtido de exquisitas viandas, condimentado con sabrosos pebres y remojado con buenos tragos del tinto y del blanco, curanto que destapa de par en par el apetito de pobres y de ricos. (Cp. Cavada, 128-130.)

V. CREENCIAS Y BRUJERIA

Los entierros

En la descripción que hicimos de la fiesta de San Juan, hemos aludido a la preferencia de los entierros por divulgar su existencia a los feligreses de aquel santo. En la presente exposición deseamos describir las diabólicas artimañas de que se vale el «Malo» para ocultar estos tesoros y para ahuyentar a sus ca-teadores. Deseamos, igualmente, dar algunas recetas para lograr descubrirlos y poderlos rescatar desde el fondo de sus escondites.

Un entierro puede manifestarse —especialmente para los

devotos de San Juan— por medio de una gran llamarada que se levanta del suelo por tres veces consecutivas y luego desaparece en el aire, como cortada por su base. El tamaño de la fogata está siempre en relación directa con la magnitud del tesoro que oculta el terreno.

Un entierro también puede manifestar su presencia por medio de fantasmas y *visiones* macabras, espeluznantes, que se mejen animales feroces o demonios fosforescentes y que, dada la ferocidad de su presencia, instintivamente hacen olvidar la codicia de aquel a quien el mismo diablo intentaba proteger.

Cuando el protagonista de este encuentro es un valiente de verdad, se le enfrenta al fantasma, arrojándole cualquier objeto de los que lleva consigo, como un poncho, un sombrero o un paletó, en la seguridad que el animal o demonio lo cogerá para colocarlo en el punto preciso en que se encuentra el entierro.

Es creencia general en todo el país que los entierros provienen, en su inmensa mayoría, de los tesoros acumulados por los jesuitas, los que el año 1767, cuando intempestivamente fueron expulsados del territorio nacional, al no poder llevar consigo todo el dinero y los tesoros que habían logrado acumular en esta pobre colonia de encomenderos, optaron por enterrarlos, en la esperanza de que algún día podrían volver a rescatarlos.

Pero los pobres hijos de Loyola se equivocaron. Pese a su proverbial sagacidad, los engañó el demonio, lanzando un úkase infernal, por el que dispuso que después de cinco años, contados desde la fecha de su ocultamiento, todos los entierros pasaban a ser propiedad del diablo.

La convicción de que los entierros fueron sembrados por los perseguidos de Carlos III se ha hecho tan *corruta* por todos los ámbitos de esta provincia, que de atenernos a ella habríamos de convenir que los jesuitas poblaron hasta los rincones más lejanos e inhóspitos de esta pintoresca comarca, ya que no existe un solo distrito, por abandonado y solitario que sea, en donde alguien, directamente o por noticias de sus antepasados, no tenga conocimiento seguro de la existencia de un entierro.

Y luego del comentario, se organiza la caravana, la que, premunida de barretas, picotas, palas y *gualatos*, marcha dispuesta a romper el seno de la madre tierra, obligándola a entregar aquel tesoro. La conversación del trayecto se convierte en un verdadero curso práctico de procedimientos y cábalas secre-

tas acerca de la forma cómo aguaritar, sorprender y exhumar un entierro.

Según los cánones, no escritos pero de aplicación consuetudinaria y tradicional, que rueda de boca en boca y que se transmite de generación en generación, a los escarbadores de entierros se les exige observar las siguientes recomendaciones:

1.º En la extracción de un entierro no deben intervenir dos hermanos carnales.

2.º Los participantes en la extracción de un entierro no pueden portar escapularios, estampas o medallas benditas.

3.º Durante los trabajos de excavación, por más temor y espanto que pueda producirles la presencia de los macabros fantasmas que pueden hacerse presentes, nadie debe despegar los labios para invocar el nombre de Dios, ni de ningún santo o virgen de la Corte Celestial.

El olvido o voluntaria inobservancia de cualquiera de estas recomendaciones puede traducirse en la pérdida total de los trabajos realizados, por anegamiento de la excavación o por la conversión en piedra de las monedas o metales escondidos, cuyo cristalino tintineo habían ya excitado su codicia.

Según la experiencia que cree poseer la gente de las islas, una vez conocido el sector en que se oculta un entierro, es fácil ubicarlo con precisión matemática mediante dos métodos muy prácticos e infalibles. El primero de ellos consiste en la suspensión, por medio de un cáñamo finísimo, de una aguja imantada, o compuesta, como le llaman los comprovincianos, que se la pasea por el terreno. Observando cuidadosamente la dirección en que oscila con mayor vigor, será fácil llegar hasta el punto preciso buscado. El segundo método consiste en hacerse acompañar por una mujer encinta, paseándola por el terreno y haciéndola encucillar de trecho en trecho. Cuando esta flexión la realice frente al epicentro del entierro, sentirá bajo sus plantas un pequeño sacudimiento de tierras y entonces podrá, con igual o mayor regocijo que Rodrigo de Triana, gritar: ¡Entierro! ¡Entierro!

Para el resto de la faena, hasta tener el dinero en el bolsillo, sólo se requiere bastante pana y la observancia estricta de las recomendaciones que señalan los cánones sobre los entierros y que hemos descrito en los párrafos anteriores. (Cp. Cavada, 116-118.)

Los brujos

La creencia en extraños y misteriosos fantasmas y monstruos de la naturaleza, tales como brujos, duendes, faunos, ánimas y otros vestigios malignos, no es patrimonio exclusivo de una región o comarca determinada. Ella es común a todos los pueblos y todas las razas, ya sean estos ignorantes o cultos, torpes o inteligentes.

Chiloé, por lo tanto, no podía escapar a esta regla general del incremento de los mitos y supersticiones, que en cada una de sus regiones o provincias contribuyen, en cierto modo, a dar animación a la vida de sus habitantes. Por el contrario, contribuyen a darle mayor auge y colorido a estas leyendas y supersticiones de la provincia de Chiloé su alejamiento de los centros de mayor cultura y progreso, sus dificultades en los medios de locomoción y de transporte, la vida monótona y sin grandes preocupaciones en que se desliza la existencia de sus habitantes, el clima frío y lluvioso, que parece invitar al malicioso comentario, alrededor del fogón o del brasero de canagua, acerca del desorbitado incremento de las cuevas y aquelarres de aquella provincia. Son éstas las principales razones que han convertido a Chiloé, al igual que los antiguos pueblos del Oriente, en un verdadero semillero de fantásticas *copuchas*, de espeluznantes leyendas y macabras supersticiones.

En Chiloé se vive constantemente especulando con las prodigiosas hazañas de los brujos, el caleuche, el camahueto, la viuda y una infinidad de otros seres diabólicos y dañinos que pueblan aquella región, con la única finalidad, según parece, de atormentar la vida de sus pacíficos habitantes.

Del conjunto de estos seres misteriosos y diabólicos, el más interesante, el más maligno y temido, tanto por el contacto forzado de vecindad y de especie en que con él se vive, como por el poder sobrenatural con que nos amenaza y nos persigue, es el brujo.

La personalidad del brujo. Por lo general, la profesión de brujo, en los distritos rurales de Chiloé, constituye un verdadero privilegio, una tradición de familias o de castas. Así como hay familias que se empeñan por tener un hijo maestro o sacerdote, también existen otras que desean aportar a los de su clan familiar el temor y el respeto que sabe infundir y explotar un brujo

de buena cepa. Recuerdo a este respecto que en Quetalmahue, segunda subdelegación del departamento de Ancud, existía una familia González, más conocida por su apodo de los «Thriques», cuya presencia infundía tal mezcla de respeto y temor entre sus vecinos, que todos rehuían su encuentro en despoblado, aunque para ello tuvieran que recorrer grandes distancias, extraviando caminos por temor a recibir un *llancazo*, sin necesidad del examen previo de sangre, como lo disponen los Estatutos de la Hermandad.

Sin embargo, a pesar del gran temor que infunden los brujos por la crueldad y el ensañamiento con que hostigan a sus vecinos, existe, por parte de esta buena gente, una verdadera pecha por servirlos y ayudarlos en sus quehaceres domésticos, en la esperanza de obtener de ellos favorables reacciones.

Atendiendo, precisamente, al prestigio y al respeto que les da la profesión y las ventajas materiales que de aquí pueden obtener, ningún brujo se interesa por desvirtuar la superchería de sus múltiples hazañas ni la *copucha* del poder sobrenatural de que se encuentra investido. Por el contrario, a ellos les conviene acentuar y extender su fama de brujos valientes y experimentados, propendiendo a que su fama se extienda y se haga *corruto* más allá de los pagos en que él vive.

Investigación de sus actividades. En la historia de la provincia de Chiloé hubo una época en que el auge y la preponderancia de la secta brujeril traspasó todos los límites de la prudencia y la moderación. El alarde de sus macabras hazañas se hacía cada vez más ostensible y descarado, tratando de amedrantar con ello a sus inocentes y tímidos vecinos. Todos los comentarios de esta región, tan propicia a *cópucheos* y conjeturas suculentas, giraban alrededor de las truculentas bellacadas de los brujos, de sus macabras bufonadas, de las torturas espirituales y físicas a que sometían a sus víctimas, del brillo de sus fiestas en cuevas y aque-larres. En fin, el ambiente de la provincia se tornó tenso y asfixiante para quienes no participaban de los secretos y asechanzas de estos malandrines.

En el colmo de su audacia, los brujos llegaron hasta a imponer fuertes contribuciones en dinero, previa constancia escrita en una póliza firmada por el presidente y el secretario de la institución, a aquellos vecinos que aspiraban a vivir libres «de todo mal noturno».

En realidad, la gente inocente y sencilla vivía un verdadero drama interno nacido del terror que les infundían las fechorías de estos desalmados.

Esto, como ya lo hemos dicho, ocurría durante los últimos años del siglo anterior, o sea, en las postrimerías del siglo XIX, siendo intendente de Chiloé el hábil y sagaz político liberal don Luis Martiniano Rodríguez a quien, por aquellos mismos años, se le pidió regresar a la capital para investirlo del honroso cargo de vicepresidente de la República, mientras el titular, Sr. Errázuriz Echaurren, con el presidente argentino Sr. Julio A. Roca, protagonizaba el estrecho y cálido abrazo en el helado Estrecho de Magallanes.

Intrigado don Luis Martiniano Rodríguez con las espeluznantes historias de brujos que circulaban de boca en boca, se propuso desenmascarar a estos malvados, haciendo con ellos un escarmiento en presencia de sus propios conterráneos, a quienes mantenían completamente atemorizados con sus absurdas y cínicas bravatas.

En un comienzo los brujos dudaron que alguien, por muy vicepresidente de la República que haya sido, pudiera atreverse a pelear de frente contra quienes habían sembrado el terror y el espanto en toda la provincia, y trataron de sostener la superchería en su poder diabólico, incluso para enfrentarse y ejercer una venganza contra los ocasionales detractores de su causa...

Pero el intendente Rodríguez no se dejó amedrentar con sus absurdas bravatas. Hizo tomar una redada de los más connotados hechiceros de Quicaví, Dalcahue y Tenaún, lugares que pueden considerarse como «la mapa» de estas maromas brujeriles, y después de hacerlos acariciar con flexibles varillas de *huinque* y de probar su pericia en vuelos nocturnos, largándolos desde el sesgo de barrancos bien empinados, los llevó a declarar a la capital de la provincia, donde se chuparon completamente. Ninguno de ellos fué capaz de sostener sus aptitudes de perfecto taumaturgo que por tantos años y tan descaradamente habían exhibido ante el embobamiento de sus conterráneos.

Decadencia de los brujos. Con la corrida del intendente Rodríguez puede decirse que decayó notoriamente la preponderancia que en aquella época habían adquirido los brujos de Chiloé, presentándose más esotéricos y prudentes en sus excursiones nocturnas y menos cínicos en sus maleficios y machitunes.

Las correrías nocturnas de los brujos. Como lo explicaremos más adelante, los brujos desempeñan varias actividades relacionadas con su profesión durante la noche. Ahora bien, cuando un brujo, durante sus correrías nocturnas, se siente en peligro de ser reconocido como tal, puede cambiar su envoltura de «homo sapiens» por la de cualquier otro animal conocido. Pero todos los daños que los limpios puedan causarle en cuanto animal, repercutirán indefectiblemente en su estructura humana. Si recibe una paliza, si le cortan una pata o una oreja, etc., ese daño lo llevará a su domicilio y al día siguiente aparecerá la noticia que don Fulano ha sufrido un grave accidente, de lo cual los limpios, que son sus autores, se jactan y hacen muy largos y sabrosos comentarios. Según la tradición, procedente de muchas generaciones, se tienen noticias que en otros lugares del país, tales como Talagante y Salamanca, existen cuevas y aquelarres famosos por las hazañas que practican sus afiliados y por el misterio en que desarrollan sus actividades; pero estamos seguros de que en ninguna parte del país, como ocurre en Chiloé, podrá encontrarse una región o comarca más rica en su tradición brujeril, con su grimillón de hechiceros, viudas, pincoyas, faunos, duendes y otras alimañas con ropaje humano, dedicadas a enredar y amargar la vida según las peculiares disposiciones de cada uno.

En la provincia de Chiloé, los brujos no forman una entidad aislada e inconexa de espíritus truhanescos y malignos. Por el contrario, para practicar sus fechorías disponen, como quien dice, de elementos de distintas armas: de aire, mar y tierra, que le facilitan la realización de sus tremebundas y exóticas actividades.

En tierra, tenemos el brujo común que, llevando su *macuñ* al pecho, puede, por medio de saltos descomunales durante la noche, recorrer grandes distancias y salvar las más peligrosas dificultades. En el mar, tienen el Caleuche o Buque de Arte, que, escoltado por sus caballos marinos y sin pase de autoridad marítima ni gasto de combustible o cambio de lubricante, puede realizar largas travesías.

Por último, en el aire tienen la voladora, para los mensajes de urgencia entre la Mayoría de Quicaví y la autoridad marítima embarcada en el Caleuche, o entre la Mayoría de Quicaví y la hechicería rural de toda la provincia. Hay que recordar, sí, que

la voladora, antes de realizar su cometido y con el propósito, seguramente, de alivianar su peso, debe dejar las tripas en una lapa o palangana de madera, para colocárselas de nuevo a su regreso.

El aprendizaje. Hemos dicho anteriormente que en la profesión de brujo o hechicero se realiza un verdadero proceso de selección de familias y de castas, en que la erudición y la prestancia de los antepasados se trasmite de generación en generación, proporcionando cartel y estímulo a sus descendientes.

La iniciación de los aprendices generalmente no se realiza directamente por los familiares de los postulantes, aún cuando en su árbol genealógico puedan figurar verdaderas lumbreras en el arte brujeril. Por lo general, la iniciación de los aprendices se confía a los brujos jóvenes y recién titulados. Su principal papel consiste en acompañar a todas partes a sus alumnos, especialmente por las noches, con el propósito de inspirarles una amplia confianza de su persona y de estudiarles su vocación y aptitudes.

Una vez comprobada la buena disposición del pupilo para seguir la carrera de la hechicería, comienza el profesor a darle mayor luz al gas, como se dice vulgarmente, hasta que por fin pasa de lleno a instruirlo a fondo en los misterios de la institución.

Los primeros ejercicios del postulante son de carreras y saltos nocturnos, colocación del *macuñ* en el pecho, embolamiento de los transeúntes para hacerlos desviar de ruta, sajaduras nocturnas a las futuras víctimas del «mal malo» y muchas otras bufonadas que corresponden a la iniciación de los aprendices o principiantes.

Los baños del thraiguén. Una de las prácticas más serias y difíciles de la iniciación en esta carrera, es la de los doce baños en el *Thraiguén*, con miras a borrarse el bautismo y quedar «moro». En efecto, acompañados de su maestro, deben comparecer durante doce noches consecutivas a una pequeña catarata del bosque, donde el pupilo debé recibir un chorro de agua helada en medio de la coronilla, con lo que se cree extirpar el bautismo que le fué administrado cuando niño. Terminada esta prueba, que puede considerarse como de mera resistencia física, el brujo debe someterse a la última, que puede considerarse como una prueba de fortaleza espiritual y que consiste en matar al miembro más querido de su familia por medio de un flechazo disparado por él mismo. Realizada esta última prueba, el postulante puede

considerarse un profesional y puede largarse por su cuenta y riesgo a sembrar la desolación y la muerte por esos campos solitarios y apacibles, donde deberían reinar la quietud, la fraternidad y el sosiego.

Las doce casas. Los brujos, al igual que otros gremios de labores menos pintorescas, tienen también sus faenas propias, que deben realizar durante la noche, con la ayuda de su *macuñ* y de otros artefactos cabalísticos que sólo ellos saben manejar. En los días de la semana, con la sola excepción del martes, cada brujo debe recorrer doce casas de la vecindad, para imponerse de las actividades a que se dedican sus moradores. Es una especie de espionaje organizado por el gremio, para tener siempre informada a la Mayoría de Quicaví, con el fin de que ese alto tribunal pueda llevar una especie de hoja de vida a cada parroquiano del sector correspondiente, la que servirá de documento informativo cada vez que se produzca una rencilla entre brujos y limpios, con su correspondiente reclamo a la Mayoría. Durante el recorrido de las doce casas, los brujos parecen dotados de una sensibilidad tan aguda y fina que son capaces de percibir hasta la sensación del pensamiento de los pobres espiados.

Pero, no obstante el estrecho espionaje a que se le tiene sometido, el vulgo de las islas cree haber inventado una monserga infalible para librarse del espionaje brujeril, y que consiste en repetir, después de cada soltada de lengua, la frase «Martes hoy, martes mañana, martes toda la semana». Con sólo repetir esa consigna, los *peladores* creen escapar de la delación ante la Mayoría de Quicaví.

Otras bromas y bufonadas. Durante el recorrido de su sector, los brujos suelen practicar algunas bromas un tanto pesadas contra los limpios que encuentran en su camino. Una de las más comunes y confusas consiste en hacer extraviar de ruta al transeúnte, dándole la impresión de traficar por una playa, un barrizal, un rastrojo o un camino de cascajo y *cheñiche*. Lo cierto es que al desconocido le parece traficar por un sendero totalmente extraño al que debía recorrer, hasta que al fin resuelve pernoctar a la intemperie. Al día siguiente llega a su casa en un estado lamentable de fatiga y de sueño, en donde tratará inútilmente de convencer a su consorte de haber sido víctima de una bufonada del brujo sectorista.

Extraños artificios y supersticiones. Entre las artimañas que

usan los brujos para introducirse a la mala en los domicilios de sus vecinos y estar siempre al tanto de sus usos y costumbres, se cuenta la de llevar consigo una mano de difunto y una piola o filástica, con la medida del ancho y el largo de un ataúd, medidas que le fueron tomadas encontrándose el difunto dentro de él. Apuntando por cualquier rendija del tinglado, con el índice de la mano del difunto, los dueños de casa comienzan a caer uno por uno, como anestesiados, alrededor del fogón. El brujo saca entonces su piola y aplica las medidas del ataúd a la puerta, la que se abre de par en par, por donde el brujo puede pasar sin ningún inconveniente, incluso servirse lo que encuentre a mano, siempre que no intente llevar algo de comistrajo a su domicilio. Es decir, en sus andanzas de espionaje nocturno un brujo se topa con una comilona de buena ley, como un *reitimiento* o un asado al palo, por ejemplo, el brujo puede comer y beber cuanto quiera, hasta quedar relleno como un colchón de goma, si lo desea; pero nada de *bochadas* en *uripas*, manteles ni faltriqueras. Aquello lo prohíben los estatutos de la institución.

El maleficio o «mal malo». Cuando un brujo intenta tirar un mal, debe de antemano cerciorarse de la vitalidad o fortaleza física de la víctima. Ya sea por su propia mano, o utilizando los servicios de un aprendiz, en una noche cualquiera debe practicar en la víctima elegida una pequeña incisión para analizarle en seguida la sangre y determinar si es sensible o inmune al «mal malo». En caso de resultar inmune, el brujo no consumará su intento, a fin de evitar el ridículo entre los de su ralea. En el caso contrario, la víctima elegida comenzará, en forma sucesiva, a sentir todos los síntomas del «mal malo», hasta dar al traste con su precaria humanidad. Para controlar a voluntad las alternativas que el mal debe recorrer en el organismo del paciente, el brujo traspasa el aliento del enfermo a un sapo o batracio, que mantendrá en un charco cercano a su casa, aplastado con una piedra o tronco que le impida moverse. Cada vez que desee agravar la salud del paciente le bastará ejercer mayor presión en el sapo hasta que, al final, si no se pide justicia a la Mayoría de Quicaví, el diferendo se resuelve por la sola voluntad del brujo que tiró el flechazo.

Temperamento e idiosincrasia de los brujos. Ateniéndonos a lo descrito anteriormente acerca de las portentosas y truculentas fechorías de los brujos de Chiloé, deberíamos concluir con que

estos malignos individuos son unos dechados de erudición, habilidad y valentía en el ejercicio de sus malsanas actividades. Sin embargo, aquello no es así. Pese a los prolijos estudios en ciencias ocultas realizados por estos energúmenos, y a los compromisos o pactos que los vinculan al demonio, parece que al brujo le flaquean el carácter y la voluntad. Es así como algunos limpios suelen poner en grandes aprietos a estos socios del demonio, recurriendo a ciertas cábalas o conjuros que delatan la calidad de miembros activos de aquella secta maligna. Para reconocer en un brujo su calidad de tal, basta observarlo cuando se allega a un fogón o a un brasero. Si se trata de un auténtico brujo, siempre tratará de calentar los dorsos de sus manos, nunca las palmas. Otra forma de reconocer a un brujo en casos análogos al anterior consiste en arrojar, como al descuido, unas partículas de afrecho al fogón o al brasero. Con el humo que se desprende del afrecho el brujo comenzará a estornudar copiosamente.

Para atrapar a un brujo, impidiéndole realizar temporalmente sus siniestras maromas y fechorías, basta con colocarle en la puerta o bajo el asiento unas tijeras o un par de agujas en cruz. Si se colocan bajo la silla, el brujo quedará impedido para levantarse del asiento. Si se colocan en la puerta, en cambio, no podrá salir de la pieza, mientras el sujeto que practicó la bufonada no retire las agujas o las tijeras que había colocado. En ambos casos podrá observarse que el pobre brujo se pone sumamente nervioso y agota sus esfuerzos y tentativas para libertarse de tan desagradable maniobra. (Cp. Cavada, 106-112; Molina, 53-65.)

Mal malo

Era un día insular, helado, gris y turbio, como lo son en la región austral la mayoría de los del mes de agosto.

Aquella mañana, las dolencias de doña Quecho se habían agravado visiblemente. Ya no sólo se encontraba «tene que tene», como solía decir a las comadres que llegaban a «saberla», sino que ahora se sentía grave de verdad; se encontraba «tirando su resuello» y esperando por momentos que «Dios la recoja».

Entre tanto, sus hijos, desde el *huema* hasta el *quepucho*, todos cabizbajos y compungidos, comentaban en voz baja, casi «pillunteando», la crueldad del brujo que había tirado el flechazo

a la pobre anciana y la forma en que ellos deberían tomar venganza.

«A estas horas el «maldecido» debe estar apretando el sapo en que ha puesto la vida de mi mamá», decía la Vique, gimo-teando de soslayo, mientras José Segundo, alias «Coché Botija», el mayor de aquella prole, con aire ufano y presumido enrollaba el lazo con que amenazaba colgar al maligno hechicero desde una viga de su propia casa.

Todos comentaban y discutían quedamente acerca de las posibles consecuencias del maleficio y sobre el proceso de metempsicosis que debía experimentar el mal entre el flácido cuerpo de doña Quecho y el viscoso y deforme de la rana; atormentado en esos momentos con un aumento de presión sobre el tronco que la ocultaba. Todos estaban contestes en esta explicación acerca del repentino recrudecimiento de la enfermedad en la paciente; pero nadie paraba mientes en el abuso de las tres vecinas de doña Quecho, que el día anterior habían permanecido hasta la media noche alrededor de la cuja de la enferma, saturando el ambiente con el humo tóxico de sus fullingues y envenenándole el espíritu con siniestras cavilaciones sobre hechicería y mal malo.

El caso parecía sin remedio. La salud de doña Quecho se agravaba por instantes. Era, pues, necesario tomar alguna resolución de inmediato para ver el modo de salvarle la vida o, por lo menos, para postergarle la muerte. Pero, ¿cuál debería ser esa resolución? ¿La de utilizar el lazo de «Coché Botija» o la de reunir en consejo a todos los machis de la comarca? La primera de estas proposiciones fué rechazada por propia iniciativa de «Coché Botija». «Sería feo que yo, siendo el mayor de la familia, los afrentara a ustedes cometiendo un hecho» —dijo botando su lazo de seis tientos hacia un rincón de la sala. Los demás hermanos le miraron irónicamente asociando, de inmediato, aquella idea de prestigio familiar con la cuerpada y los ñeques del presunto autor del maleficio. Pero hubieron de callar, porque los momentos no se presentaban para chanzas. ¿Convendría, entonces, reunir una junta de machis? Tampoco esta idea se consideró acertada. La mayoría de los hermanos opinó en contrario. Por lo demás, aquello no tenía ningún objeto puesto que ya, individualmente, «Polaina», «Perinche» y «Chaparra», los tres machis más connotados de aquel partido, habían explotado la

enfermedad de doña Quecho durante más de un año, dejando la familia con el puro yugo y el *concheo*.

A esta altura del debate, hizo su aparición el tío Machello, quien, alarmado con el extremo agotamiento en que había encontrado a su hermana, sobre tabla acordó acudir en recurso de amparo ante el «Supremo Tribunal» de la Brujería Chilense, vulgo cueva, cuyo asiento, como es sabido, se encuentra en la villa y puerto de Quicaví. «Mañana bien de alba, dijo, encarándose a Coché, debes partir *pa* Quicaví a *peír* justicia pa tu madre. Yo te daré los posibles. Que la Vique te arregle el *quemún*. El pan se hace en la casa y Juanillo se va luego *pal* pueblo en busca del aguardiente y la *baitilla*. En último caso, te llevas las tres varas de *panilla* granate que tiene la Quecho en su baúl pa cumplir una promesa cuando alivie. En Chaurahué pasas a llevar el baqueano que te ayudará en todos estos trájines y si, después de revisar el Chayanco, te invitan a la cueva, ármate de coraje y entra no más, pa que algo tengas que contar en Quetalmahue a la vuelta de tu regreso...»

Al terminar el tío Machello su discurso, Coché Botija estaba pálido. Su cuerpo había sido sacudido por un intenso *dillimo*, pues bien comprendía que aquella misión estaba muy por encima de su penetración y conocimientos. ¿Cómo podría él llegar hasta Quicaví si en sus andanzas por esos lados apenas había llegado al pueblo de Ancud? Pero las circunstancias no eran propicias para regateos ya que, por una parte, estaba de por medio la vida de su madre y, por la otra, su ferviente deseo de hacer olvidar aquella salida falsa del lazo y de la viga, y no había duda de que, entre ambas aventuras, el viaje a Quicaví resultaba una bellacada de niño chico, y él, aunque siempre lerdo y *maqueda*, ya había pasado los veinticinco.

Al tercer canto de gallo, ya Coché Botija tenía la enjalma sobre el filudo lomo de su destartalado jamelgo. Un *cuen* de *ñancos* en *muneto* con un *chequey* de tacas fué todo su desayuno en aquella memorable mañana. En seguida arregló el *quemún* en cutama y emprendió su primer viaje de esfuerzo hacia aquellos parajes desconocidos.

Chillando las diucas, ya estaba encaramado en las cumbres de Pilluco. Aquí echó pie a tierra; arregló los pellones de su cabalgadura; observó atentamente el horizonte y ante el magnífico panorama que a esa hora y desde ese punto presentaba el turbu-

lento... Pacífico, con sus rompientes de Pugueñún y de Guapachó, de Chaumán y de Cocotué, por primera vez en su vida sintió en su alma de campesino ignaro y rústico la sana impresión de lo grande y de lo bello. ¡Qué *gonito* era aquel paisaje! Pero, ¿volvería él a pisar esas tierras pintorescas y agrestes después de la arriesgada... aventura que le había encomendado el tío Machello? Su corazón latió con fuerza y todo su cuerpo fué presa de un intenso escalofrío. La suerte, sin embargo, estaba echada y no admitía titubeos. Montó su caballo y partió. Despuntando el sol llegaba a las márgenes del Pudeto. Preguntando de casa en casa el rumbo que debía seguir, pasó el puente de este río, el Negro y el Quempillén; escaló los cerros de Caipulle y de Huillinco y descendió a las playas de Linao. Siguiendo la dirección que le indicaban los *mepules* de los corrales pesqueros, les hizo el quite a las sartenejas de Tihuidad y emulando al viejo «Lircay», que en ese momento parecía rozar la costa entre Pinquén y Caucahué, sin saber cómo ni cuándo se encontró en medio del pintoresco y simpático puerto de Quemchi. ¿Faltaría mucho aún pa llegar a Quicaví?, preguntó con ansia a los primeros habitantes que encontró en su trayecto.

—No falta mucho, le contestaron los habitantes de la villa; pero, con el armazón de caballo que Ud. lleva, no le aseguramos que pueda franquear el salto de Gaurdiamó ni el balseo de Colo.

Pero Coché Botija no se arredró con este pésimo augurio, y contra la previsión de los quemchinos, esa misma tarde, como entre dos luces, echaba pie a tierra en casa de Juan Cañuqueo, el baqueano de Chaurahué que debía conducirlo a presencia de su Majestad el Presidente de la Cueva.

—Hoy no podemos seguir, dijo Cañuqueo, después de los saludos y presentaciones de rigor—. Mañana será otro día pa ejarnos caer en Quicaví como a eso de las oraciones.

Y, efectivamente, a la media tarde del nuevo día Cañuqueo y Coché Botija se balseaban en el río Colo. La intimidación entre ambos era completa. Se comenzó hablando, en general, de mal malo, de mal tirao y de flechazo, para llegar al caso particular que afectaba a doña Quecho. El baqueano era todo oídos. Por otra parte, Coché Botija no se quedó corto en detalles. Impuso a Cañuqueo de todas las incidencias y alternativas de la enfermedad, desde la misma noche en que los brujos sajaron a doña

Quecho hasta el momento que él la ejó tiraíta en su cama y casi boquendo.

—Son muy malos los brujos, ¿no es verdad on Cañuqueo? Yo los mataría toítitos... ¡Jesús María! ¡Dios me perdone! Martes hoy, martes mañana, martes toa la semana...

Y, reanudando su charla con el baqueano, agregó: «Yo no fuí *complis* de ocurrir al Tribunal Supremo. Habría preferido *horcar* al malvado; pero mi familia se apuso; me atajaron cuando salía con mi lazo pa colgar al brujo de una viga de su casa...» Y, andando lento, al compás del paso *aililla* de una de las bestias, ya entrada la noche, llegaron a presencia de su Majestad el dueño de la casa. Pero no podía recibir a Coché Botija antes de hablar reservadamente con Cañuqueo. Afortunadamente, la espera no fué muy prolongada. Luego entregó Coché Botija su *quemún* y los tres pasaron a la Cámara Secreta en que debía funcionar el *chayanco*.

Según la opinión de Coché Botija, el espectáculo resultó soberbio. Por todas partes colgaban tiras de papel o de género de los más variados colores. En un rincón de la Cámara, una mesa pequeña. Sobre la mesa, un lavatorio con agua, y flotando dentro del lavatorio una esfera de cristal iluminada interiormente por un pequeño cabo de vela. Alrededor de la esfera, gran profusión de campanillas metálicas, lentes y prismas de vidrio. Al menor movimiento del lavatorio, las campanillas sonaban tenuemente, en tanto que las lentes y los prismas reflejaban primorosos *calquihues* en el agua y pequeños espectros en las paredes y cortinas formando verdaderos caleidoscopios.

Mientras tanto, el señor Presidente, cubierta la cabeza con un paño negro y levemente inclinado sobre el *chayanco*, relataba la enfermedad de doña Quecho como si delante de sí tuviera un libro abierto.

—Esta noche parte —terminó diciendo— la Voladora con el *duan* que ordena dejar en libertad al sapo en que se había encarnado la vida de doña Jesús Astorga, viuda de Hernández. Esa es la voluntad del Tribunal Supremo.

—Ahora debemos ir al Palacio del Tribunal; pero tú, José Segundo Hernández Astorga, irás con la vista vendada.

Y sin más preámbulo, las echaron a andar entre *litihuenes*, quilantos y romerales, hasta llegar a la entrada de un recinto cerrado, en donde un aullido estridente, agudo y fiero del Embunche, anunció a Coché Botija, según la interpretación del baquea-

no de Chaurahué, que debía entregar todo el dinero y los metales que llevaba consigo.

Lo que vino después, Coché Botija no lo recuerda. El aguardiente del *quemún* había agravado su natural aturdimiento. Al día siguiente, como volviendo de un *quilpen*, apenas tuvo tino para preguntar: «¿Mandarían el *duan* pa mi mama?»

Y, efectivamente, el mensaje había partido esa misma noche; pero llegó tarde a Quetalmahue. El grito desapacible y estridente de la Voladora sólo se oyó cuando ya el maligno bacilo de Koch había dado cuenta de doña Quecho.

Mientras tanto, Coché Botija, no obstante el deplorable estado de cuerpo y de ánimo en que lo habían dejado las repetidas trasnochadas, su largo viaje por senderos desconocidos y las intensas emociones de sus diabólicos trajines, de una sola jornada había regresado a la pródiga tierra de la macha y de la ostra. Durante los primeros días se le notó algo triste y deprimido, tanto por consecuencia del duelo familiar que lo afectaba como por el ruidoso fracaso de la delicada misión que le había encomendado el tío Machello. Pero, luego después, al notar que toda la gente de fundamento que acudía al novenario de la finada tenía especial interés en conocer sus impresiones acerca de las maravillas de la Cueva y del *chayanco*, fué poniéndose chinchoso, presumido y *balumero*.

Era de ver al nuevo Botija convertido en mentor de aquellas gentes. Desde el estrado de su casa, balanceando una rodilla entre ambas manos, con sus ojotas de corvas y el pantalón en *charagüilla*, diariamente dictaba cátedra ante su embobado auditorio acerca de las mil maravillas que él presumía haber oído, visto y palpado.

Los demás campesinos lo miraban con respeto y con envidia.

—¡Quién como él, decían, que ha visto el *chayanco* y el *embunche*! ¡Quién como él que, sin ser del arte, había penetrado a la Cueva de Quicaví, se había servido los más succulentos potajes en vajilla de oro y, por sobre todo aquello, había verbalizado con el señor Presidente...!

Pihueque

El mestizo Pihueque no era un desconocido en el partido de Quetalmahue. Su ascendencia, de apelativo Saldivia, pero más conocida por el apodo de los «May-May», además de sus

sementeras, sus animales, sus *trancas* de pastoreo y algunos enseres de labranza, era dueña de un molino de represa, con cuya maquila solía suplir la merma de sus cosechas en los años de carestía.

Efectivamente, desde tiempos muy lejanos, los «May-May» poseían un molino de represa, con su toma, su ladrón, su rodezno y su tolva con taravilla.

¡Y qué molino el de los «May-May»! Sólo el propalar su nombre hacía poner los pelos de punta a los habitantes de «El Cogedero», de «Tablit» y de «Palicura». Tanto la toma como el riachuelo que la alimentaba, eran temibles por aquellos andurriales, debido a los fantasmas y «avisiones» que constantemente merodeaban por sus contornos.

Ecos confusos de patéticos diálogos; murmullos de oraciones en coro; lamentos de mujer en trance de cruel agonía; siluetas humanas sutiles y vaporosas, ya envueltas en blanco tul o encapuchadas en el propio sayal de la mortaja, tales eran las principales manifestaciones de ultratumba con que el ánima de doña Peta Galindo —alevosamente asesinada por su propio consorte por aquellas vecindades— se hacía presente a los contadísimos transeúntes que a deshoras de noche se aventuraban a internarse por aquel tenebroso sendero.

Con tan contundentes demostraciones de hostilidad y desafecto hacia el mundo de los vivos, no era, pues, de extrañar que en toda la comarca se sintiera verdadero pánico con la sola mención de aquel paraje.

En efecto, todos los habitantes de Quetalmahue temían el paso por el molino de los «May-May», menos nuestro protagonista «Pihueque», cuya infancia de bagual en medio de aquel paraje habíase deslizado triscando por entre selvas y matorrales, en procura, unas veces, de las sabrosas frutas silvestres del lugar y, en otras, haciéndole el quite a la palmeta con que el maestro Rajas hacía «entrar» la letra a los rústicos zagales de aquel partido.

Dentro de la tribu de los «May-May», nuestro Pihueque era el *quepucho* de aquella generación. Era un mocetón de color trigueño, de aspecto atrayente y simpático; servicial, ágil y fornido; sufrido para la sierra, la voltea, la pesca y la minga.

Con tales atributos no era, pues, de extrañar que fuera por

aquellos pagos el preferido de las niñas casaderas y el regalón de las mamás con aspiraciones de suegras.

Pero Pihueque no se dejaba atrapar tan fácilmente. Como buen jugador de linao, era bastante lobo y escurridizo. Y es así como, «envidándose» unas veces, y haciéndose de rogar en otras, era el contertulio obligado de todas las mingas, *reitimientos* y *celébres* con esquinazo, hasta que doña Concepción Cárdenas lo tentó a picar el anzuelo, haciéndolo comprometer con su hija Carmela, ya pasándose de punto.

Temerosa de las envidias y malas lenguas, doña Conche trató, por todos los medios a su alcance, de que el compromiso fuera de lo más privado y breve. Y así se procedió, efectivamente. Al día siguiente de «la pedida», los padrinos hicieron anotar la partida en los libros parroquiales y, apenas terminadas las tres amonestaciones de rigor, se procedió a la celebración del contrato matrimonial ante el cura laico de la comuna.

Sin ningún cambio ulterior en las costumbres del lugar, la vida de los nuevos cónyuges siguió deslizándose, rutinaria y monótona, entre las labores agrícolas, la tertulia lugareña y los quehaceres domésticos.

Pero escrito estaba que aquella vida tranquila y apacible de la nueva pareja no habría de durar eternamente. El pasado azaroso y donjuanesco de Pihueque, así como la valentía y desparpajo con que solía encarar las dificultades del diario vivir, habían formado a su alrededor una pesada atmósfera de celos, de envidias y de asechanzas que, a muy breve plazo, habrían de traerle las más fatales consecuencias, tanto para él, personalmente, como para su mujer y su prole. Tal era la sentencia del destino, y se cumplió.

Era un domingo helado y lluvioso del mes de junio de 19... En casa de doña Conche de González faltó la harina de trigo, en circunstancias que el vetusto molino de los «May-May» se encontraba en receso por reparación de algunas piezas vitales. Pihueque llenó dos zurroneos con cuatro almudes de trigo, los colocó en cutama sobre la enjalma de su tordillo y partió hacia Tehuaco, en demanda de un turno para su molienda.

Sin mayores dificultades y contratiempos, aparte de la copiosa lluvia que durante todo el trayecto le azotó su robusta espalda, Pihueque franqueó aquellas tres leguas de distancia, llegando a Tehuaco como a eso del mediodía. Canceló sus cuatro

rayas de maquila, vació su trigo en la tolva, abrió la compuerta del molino y dispúsose a soportar el infernal traqueteo de aquel viejo armatoste.

Afuera la lluvia caía en forma implacable, anegando caminos, huertos y rastrojos, y aumentando en forma desmesurada el caudal y la corriente de los ríos.

Pero Pihueque no era de azúcar. Como auténtico chilote, bien podía desafiar las lluvias más copiosas y los más recios temporales. Mientras tarareaba una canción campesina, guardó su molienda en los zurrones y emprendió el regreso a su casa.

Despreocupado y lleno de optimismo, sin pensar ni remotamente en una infame celada que habría de trastornar para siempre el ritmo habitual de su vida, llegó hasta la orilla del Pudelle. Rastreado cuidadosamente en la arena movediza y húmeda, reconoció luego el punto preciso en que lo había vadeado en la mañana, y sin reparar mayormente en el enorme aumento de caudal y de corriente que aquel río había experimentado en pocas horas, se lanzó resueltamente hacia él, dispuesto a ganar cuanto antes la otra orilla. Pero esta vez le falló el sufrido y brioso tordillo. Como si tuviera conciencia del peligro, el fiel animal se retacó bruscamente, girando en redondo sobre ambas patas traseras en el cejo mismo del río. Pero Pihueque no estaba para imposiciones ni consejos. Anheloso de satisfacer cuanto antes el antojo de Carmela, y empujado tal vez por el ciego destino, clavó bruscamente los ijares del animal y... caballo y jinete desaparecieron en el fondo arenoso y turbulento del Pudelle, frente a la casa de Perinche y a muy pocas cuadras de la costa del Pacífico.

Segundos más tarde, el tordillo, con la montura y la cutana auestas, agotado, tiritón y maltrecho, emergía del fondo en la otra orilla. Pero a Pihueque no se le divisaba por parte alguna. Había quedado ahí clavado en el fondo del río, frente a la casa de Perinche.

La búsqueda fué prolija y minuciosa; mas todo resultó inútil. No dió resultado práctico el uso del rastrillo ni el del bichero.

Luego, la noticia se propagó por todo Quetalmahue, dando lugar a los más peregrinos y absurdos comentarios. Para los profanos en hechicerías y maleficios, era aquél un caso inexplicable, absurdo y misterioso; pero, anté tan inocentes conjeturas,

los viejos moradores del terruño, mascullando sus comentarios, sonreían irónicamente, como dando a entender que a ellos no les contaban cuentos.

La noche del velorio la gente se mantuvo un tanto recatada y parca en el comentario sobre el significado y alcance de aquel suceso. Pero, durante el novenario, casi todos los asistentes dieron rienda suelta a la lengua, haciendo miles de conjeturas acerca de la suerte que en esos momentos estaría corriendo el infortunado consorte de Carmela.

—Antes se había dilatao el sinvergüenza en entregar otro cristiano pa su buque maldito —decía doña Conche, haciendo los más grotescos visajes de dolor e indignación por la prematura viudez de su hija predilecta.

—Hace tres años que en las playas de La Rosaura entregó al finaíto Chomaco Ojeda, sin que hasta agora naide sepa su paraero —replicó Coché Huilala.

—Yo lueito carculé que el finaíto no había muerto —agregó Pancho Curva—. El marchante tenía encargo del enganche pal Caleuche y le tenía echao el ojo al pobre Peiro. Pero no se aflijan; too tiene su contra, comaire Conche. Yo sé que en Caulín hay un «curioso» que *rejata* a los perdíos de meses, cuántimás éste que tovía está fresquito.

Tras un prolijo análisis de todo lo ocurrido, en la segunda noche del novenario ya quedó definitivamente establecido que Perinche, el proveedor del Caleuche en la bahía de Cocotué, previo pago de una gruesa suma en dinero esterlino, había entregado a Pihueque como marinerero del Buque de Arte.

La especie se propagó tan rápidamente que antes de veinticuatro horas se hizo *corruto* en todo Quetalmahue, y quien se hubiera atrevido a expresar una opinión en contrario no habría conseguido otro resultado que el de exhibir «su absoluta falta de inorancia».

A pesar del precario estado de sus nervios, doña Conche no olvidó la recomendación de Pancho Curva sobre el «curioso» de Caulín, y apenas se agenció los posibles mandó a Pachi en su busca.

Guiado por las indicaciones de Curva y otros vecinos que también conocían la nombrada, no le fué difícil ubicar al curioso de marras. Vivía pobremente en una choza pajiza a orillas del río Huicha y respondía al nombre de Juan Caileo.

—Ave María Purísima —balbuceó Pachi, arrumando su cabalgadura a la tosca puerta de aquella humilde vivienda.

—Sin pecado concebida —contestó, con presteza, Caileo.

—Pie a tierra.

El hueñe Pachi no se hizo repetir la invitación, y sin mayores preámbulos, sentados ambos alrededor del fogón con los pies sobre los morillos, impuso a Caileo acerca del motivo de su repentina aparición por aquellos lugares.

—Hemos sentío ecir que su mercé es muy entendío en esta clase de machitunes, dijo, y por eso me mandó la Conche a suplicarle que nos *rejate* al finaíto Peiro antes que lo enrolen definitivamente en el Buque de Arte.

—Efeutivamente —contestó Caileo con el más cínico aplomo—; yo tengo pauto con el «Malo» y no me paro en chicas cuando hay molío y buen potaje pa gratificar mi trabajo. Iremos al lugar del hecho y entonces verán güeno. Martes hoy, martes mañana, martes toa la semana...

Entusiasmado con tan precisas como categóricas declaraciones, de inmediato Pachi alquiló un caballo en la vecindad, y con mayor respeto y consideración que el que habría gastado frente al médico o al cura en un caso análogo, esa misma tarde condujo a Caileo hasta su residencia de Quetalmahue, distante unas seis leguas de Caulín.

Apenas descendió del caballo, el curioso Caileo expresó su determinación de interrogar de inmediato y a solas a la presunta viuda de Pihueque. Pero la *pispirigua* de doña Conche, deseando seguramente captar todas las tretas y cábalas del mafioso proceso, se introdujo clandestinamente al cuarto de Carmela, haciendo de lenguarás y de *tecuto* durante todo el interrogatorio.

Al día siguiente, montado en el viejo tordillo, con los mismos arreos y la mejor ternada del difunto Pihueque, partió Caileo para el sitio del suceso, llevando consigo a Pachi, en calidad de alguacil o de escudero.

Mudo y con la seriedad de un magistrado en funciones, examinó cuidadosamente el terreno circundante, trazó unas líneas cabalísticas sobre la arena, midió por jemes el nivel del agua y por varas el ancho del río, arrancó unas yerbas en la ribera y guardándolas cuidadosamente en su faltriquera, junto a un puñado de arena cogido del fondo del agua, emprendió el regreso a la casa de Palicura.

Para el alma sencilla y rústica de Patricio González de Cárdenas todo aquello era un prodigio de sabiduría. Se sentía maravillado de las extrañas maniobras y cavilaciones de aquel forastero; pero en ningún momento se atrevió a formular siquiera una pregunta o a expresar un comentario.

De regreso a la morada de doña Conche, y después de comer y beber hasta hacer *poipo*, Caileo entró de lleno a sus mafiosas actividades. Por primera providencia ordenó el alejamiento de su lado de todos los moradores de la casa, mientras él, a la luz mortecina de un mechero y cubierta la cabeza en negra toca, se dedicaba a preparar los más extraños menjurjes y brebajes. Una palangana de madera, un brasero de cancagua, un cántaro de greda, un mortero de piedra bruta, un tubo de vidrio y varios frascos del mismo material, eran los principales artefactos con que Caileo manipulaba en su pequeño cuarto, el que a la vez le servía de laboratorio, de comedor y de alcoba.

Afuera los dolientes se hacían lenguas comentando el prodigioso acontecimiento que esperaban, el que, sin duda alguna, serviría de lección y de escarmiento a las torpes exigencias y continuas tropelías de los brujos del lugar. Con honda fruición y loco entusiasmo, se aprestaban a celebrar el fracaso de las siniestras artimañas de Perinche y el próximo regreso de Pihueque. Pero donde su entusiasmo llegaba al límite máximo y el elogio al ditirambo, era al comentar los prodigiosos conocimientos de Caileo.

—Si no parece un cristiano de este mundo —repetían con unción algunos de los espectadores.

—¿Y cómo piensan que va a ser de este mundo—replicaba Pachi, ufano de su confianza de Caulín—si es un curioso que tiene pauto con el «Malo»?

—Jesús, María y José; Dios *fabresca* a too cristiano—repetían en coro algunas viejas, escandalizadas de tan malsanas conivencias, pero resignadas al sacrificio de tragar su protesta en beneficio de aquella desolada familia que, con el más íntimo convencimiento, aguardaba el próximo regreso de Pihueque.

Mientras tanto, Caileo diariamente comía, bebía y dormía a sus anchas en el interior de su cuarto. Sin embargo, para no despertar sospechas de inactividad o negligencia ante sus mesoneros, de vez en cuando se entretenía machacando el mortero de piedra, haciendo crepitar la sal en el fuego, produciendo pequeñas

llamas o explosiones de azufre y pólvora a modo de sahumero o, sencillamente, envolviendo la luz de su mechero en papeles de diversos colores.

En otras ocasiones salía al exterior con la palangana de madera, llevando en ella una mezcla pulverizada de aquellas mismas sustancias, con las que formaba pequeños montículos en las cuatro esquinas de la casa, quemándolos en seguida con simulado fervor de su parte y en medio de la mayor atención y recogimiento de los espectadores.

Pero, donde el curioso de Caulín se mostraba en todo su esplendor y majestad era, sin duda alguna, en aquellas ocasiones en que aparecía medio *pichingo*, con la lengua trabada y gesticulando como un demente. Según el decir de aquellas gentes, eran esos los momentos en que Caileo se comunicaba con los seres de ultratumba para recibir informaciones sobre la suerte que estaba corriendo el infortunado Pihueque.

En esta forma monótona y rutinaria iban pasando los días, las semanas y los meses, y si bien es cierto que hasta esos momentos nadie se hubiera atrevido a dudar acerca del resultado final de aquel proceso, no era menos efectivo que aquellas gentes comenzaban a impacientarse con tan larga espera. Por otra parte, ya no quedaba un huevo para *dañel*, un cordero en el *cairizo* ni una gallina en el *cabtúe*; por lo que era del caso recordar la advertencia de Caileo, en el sentido de que él haría prodigios de hechicería y de conjuros «mientras haiga buen potaje y molío pa gratificar su trabajo».

El primer compromiso entre Caileo, Carmela y doña Conche, para restituir a Pihueque al seno del hogar, hablaba de ocho a diez días de plazo..., y desde aquella fecha habían transcurrido más de dos meses.

Temeroso de una reacción en el ánimo de aquellas gentes y con el propósito de evitar hasta el más pequeño menoscabo en su prestigio de machi profesional, optó por reunir la familia en un día martes, para explicarles las causas de aquel momentáneo fracaso. Y como lo pensó, lo hizo. Un día martes de fines del mes de agosto, reunió en su cuarto a la familia González Cárdenas con algunos vecinos del lugar, y, salvas las diferencias del estilo, les explicó, más o menos en la siguiente forma, el resultado de sus misteriosas actividades:

—Es efectivo que Perinche, el Agente y Proveedor del Ca-

leuche en todo el partido de Quetalmahue, fué quien entregó a Pihueque como marinero de aquel buque. Como el atropello se conmetió sin licencia de la «Mayoría», el rescate de la víctima habría sido fácil; pero ustedes me hablaron tarde. En la primera noche del novenario, ya Pedro Saldivia figuraba como grumete del Buque de Arte. Desde que llegué a Quetalmahue, tanto en las noches oscuras como en los días con niebla, he verbalizado muchas veces con el Comandante del barco, y él me ha participado que Peiro marchá bien, que ha recorrido toda la costa de Chile, hasta la ciudá de «Los Césares», donde toos los meses van al socorro estos marinos. No hey poío ver personalmente a Peiro, porque antes del año no le permiten ver a naide. Esto es too lo que yo deseaba comunicarle por el momento. Ahora, si ustedes gustan, pueden apelar del atropello al Presidente de la Mayoría, pidiendo el «revisorio» de la causa. Però la apelación vale cien pesos, y hay que presentarla en un foja de papel con el escudo de Chile, que vale diez pesos más. Yo me voy pa mi querencia y estoy dispuesto a llevar este encargo. No importa que me sacrifique por el prójimo.

Al término de aquella alocución, un flúido helado, una oleada de estupor y de angustia apretó los corazones de todos los dolientes. No era que ellos dudaran de la eficacia de la apelación ante el Tribunal de la Mayoría, ni de la honradez y sapiencia del «curioso». Nada de eso. Lo que les torturaba el corazón y la mente era el circunstancial aplazamiento del regreso de Pihueque y su falta de dinero para afrontar los nuevos gastos de la apelación. Ya hemos dicho que en casa de doña Conche no quedaba ni un huevo, ni una gallina, ni un cordero. Todo se había sacrificado en aras de una bella ilusión. Todo lo había engullido el «curioso» durante sus dos largos meses de cavilaciones y experimentos. Sólo el tordillo se encontraba libre de todo gravamen, y tras un breve consejo de familia se acordó entregarlo a Caileo con montura y todo para que con el producto de su venta sufragara los gastos de la apelación y revisión de aquel sonado proceso.

Era un día viernes por la mañana cuando partió Caileo para Caulín, llevando consigo, junto con el caballo, la montura, los pantalones de *carro* y las chombas de *huiñe* que usaba el desaparecido, toda la esperanza de Carmela cifrada en su ferviente anhelo de hacer volver a su lado a su bien amado Pedro.

Pero desde aquel día, como que hubiera sido tragado por el Pudelle..., nada más se supo del «curioso» Caileo.

Durante algunas noches oscuras o en días de cerrazón, solía Carmela incursionar hacia las playas de Cocotué, en la esperanza de sorprender a Pihueque en un desembarco; pero todo resultaba inútil. Tal vez el ingrato tendría un nuevo amor en tierras lejanas, pensaba Carmela, y emprendía el regreso anegada en llanto. Como en macabra caravana veía Carmela pasar las semanas, los meses y los años, esperando cada día el retorno de su Pedro al seno del hogar; pero una nueva decepción en sus ansias de ternura era siempre la respuesta del cruel destino.

—¡Y pensar que aquel hondo drama no tenía otra causa que el atraso de un día en la intervención del «curioso»! —pensaba Carmela en medio de su desesperación.

El machi de Nercón

Comenzaba la primavera del año 19... Era la época en que la esforzada juventud chilense emigra a las provincias de Aisén, Magallanes, Osorno, Antofagasta y Tarapacá en demanda de trabajo en las faenas del salitre, la esquila y las cosechas. Pero a esas faenas sólo acude la gente joven y esforzada; los flojos y los mayores se quedan en casa, para respeto y escudo de la hermana, la hija y la nuera, mientras dura la ausencia del argonauta que ha partido a la otra banda del canal, del golfo o del mar, en procura de los posibles para el sustento de su prole.

Tales eran las expectativas que en esta ocasión se tenían en Nercón, en casa de Juan Masías, donde hacía de cuidador y conservero su suegro, el connotado brujo Mariano Maimay, mientras durara la ausencia de su yerno.

A fin de prevenir a su familia de cualquier estrechez económica, el avisado yerno de Maimay había convenido con un comerciante de Castro la entrega mensual, mientras durara su ausencia, de una determinada cantidad de provisiones para el sustento diario de su familia.

En tales condiciones, la labor del suegro se limitaba a la de un pensionista en casa de su yerno, donde Maimay, tanto por su calidad de *hombre mayor*, como por su característica habitual de individuo pachorriento y *maqueda*, pasaba el día entretenido en quehaceres domésticos, tan sencillos y livianos que más parecían un perpetuo y placentero descanso.

Por la mañana se entretenía en sacar las ovejas del *cairizo* y los corderos del *delcahue*, entrándolos juntos a pastorear al rastrojo o al *rethruhue*. Igual cosa hacía con las gallinas y los pollos del *cabtúe*, los que, después de hacer *ñimito* en la cocina, pasaban a escarbar los granos o las papas *pilcahues* que habían quedado de las últimas cosechas. Más tarde Maimay salía a picar el césped o hacer *dachi* en el potrerrillo reservado para *yunel*, esa pequeña y simpática siembra de papas primerizas que a todo campesino que en algo se precie debe proporcionarle las primeras papas nuevas el 8 de diciembre, para cumplir con la inveterada consigna de hacer *muy* con papas nuevas el día de Purísima.

Para el suegro de Masías, resultaba ésta «la verdadera vida del oso». Pero por algo se dice que la ociosidad es la madre de todos los vicios. Y la vida regalada y *zorzalina* de Mariano Maimay estaba, en este sentido, dando los más espléndidos frutos.

En uno de sus constantes viajes al pueblo de Castro, en demanda del subsidio semanal para la prole de su yerno, se encontró en el hotel Plaza, cuyo propietario era muy amigo suyo, con unos viajeros metropolitanos, de esos que en provincias presumen de muy leídos y chistosos y que, para entretenerse a expensas del provinciano lo invitaron a servirse unos tragos en el bar del hotel, donde por primera vez oyó disertar sobre el refrán «del vivo y el tonto», tan en uso en nuestros tiempos.

No obstante los tragos de coñac, vermouth y pisco que tuvo la oportunidad de saborear, para Maimay fué éste un rato desagradable, debido a la mofa que de él pretendieron hacer los futres santiaguinos. Sin embargo, no se consideró del todo defraudado por ello, ya que de aquel improvisado contacto debía sacar una provechosa lección para el futuro.

En efecto, de boca de aquellos forasteros habladores y pretenciosos, que ofrecían en venta aceite «puro» de oliva, leche condensada «de vaca» y otras extrañas curiosidades de estos tiempos, oyó, por primera vez, enunciar aquel refrán tan chileno de que «el vivo vive del tonto y el tonto de su trabajo», y que seguramente ellos andaban poniendo en práctica a lo largo y a lo ancho de este sufrido país.

Desde aquel día, nuestro protagonista no dejó un solo momento de pensar en la aplicación práctica que aquel dicho podría tener entre los *lajos* de Nercón, en donde, según la expresión y los comentarios de los futres del hotel Plaza, habría tantos

que no sólo daban la hora sino que podrían tocar hasta los cuartos.

Con mucha agudeza de espíritu, Mariano Maimay había observado que casi toda la gente de la isla de Chiloé se muere de «mal malo», o sea de mal de brujos, y, como para la contra del mal de brujos están los machis y yerbateros, nada más sencillo que combinar la siembra del «mal malo» con la cosecha que practica el machi al curar los *cachñes* y *flechazos* de los brujos.

Y así procedió, efectivamente, ya que el chilote, no obstante su afición por el estudio y la facilidad con que asimila los progresos de la ciencia y la civilización, por tendencia innata es muy impresionable, sentimental y supersticioso. De ahí que las ideas de los brujos, de las ánimas, de los duendes y de tantos otros fantasmas y vestiglos de tipos casi domésticos y familiares, siga hoy, como en sus mejores tiempos, completamente aferrado al espíritu isleño.

Como hemos dicho anteriormente, en Chiloé nadie fallece de muerte natural. Todos, absolutamente todos, sucumben en calidad de víctimas del «mal malo», del *flechazo* de un hechicero. Y contra el fatalismo de esta creencia no existen razones ni argumentos valederos.

Las víctimas del tabardillo, la calentura, la difteria o el *chavo*, morirán convencidas de que las últimas fluctuaciones de su mal se han producido a causa de que el maligno brujo traspasó su aliento vital al cuerpo de un reptil o de un batracio, el que mantiene bajo el peso de un tronco o de una piedra, para dosificar su agonía presionando, aflojando la presión o reventando definitivamente al bicho que encarna sus dolencias, hasta terminar con la vida del paciente.

Y la noche del velorio... ¡Válganos Dios, así para ampararnos de las diabólicas alimañas que acechan y persiguen a los dolientes como de la monumental ingenuidad y superchería que domina a esa pobre gente...!

Según ellos cuentan a quien quiere oírles, sólo un sordo incurable podría excusarse de percibir la macabra jarana, la infernal algazara con que todos los brujos de la vecindad celebran su maligno triunfo. Su regocijo llega al paroxismo, traduciendo en una mezcla infernal de gritos, aullidos, relinchos, enalagadas y gritos histéricos que saturan y asfixian el ambiente en derredor de la casa mortuoria, sembrando el pánico y el desconcierto entre

todos los moradores y sus devotos acompañantes. Desde ese momento nadie se atreve a «romper el chivato», como diría don Ricardo Palma. Todos se sienten con ánimos de amanecerse acompañando al finaíto.

Tal era el ambiente en que Maimay se aprestaba para poner en marcha su prodigioso descubrimiento «del vivo y el tonto». ¿Podría existir alguna duda acerca de los espléndidos resultados que estas actividades habrían de reportarle?

Para preparar mejor el terreno, diariamente se reunía con los vecinos de mayor *fundamento* del lugar, haciendo con ellos sabrosas reminiscencias del pasado, de aquellos tiempos en que él y ellos se iniciaban en el arte secreto de la brujería. Con verdadera delectación recordaban sus baños nocturnos, durante doce noches consecutivas en el *Thraiguén*, con miras a extirparse el bautismo que, sin consultarlo, le aplicaron cuando niño. Recordaban también su iniciación en el manejo del *macuñ*; sus primeros saltos nocturnos en el canal de Ten-ten; la primera prueba que les confió la *Mayoría*, de engañar a un transeúnte, llevándolo por senderos lejanos y desconocidos, y tantas otras hazañas, en fin, que realizan los brujos en su juventud, cuando recién se inician en el arte de la hechicería. En el entusiasmo de la *conversa* sobre sus habilidades sobrenaturales en el campo de la brujería, llegaba Maimay hasta asegurar a sus contertulios que él tenía *pauto* con el *malo* y que, utilizando ese diabólico compromiso, podía realizar hazañas prodigiosas, especialmente en lo que se refiere a la cura de las personas, cuando son atacadas de «mal malo».

Cuando Maimay comprendió que tenía el campo bien abonado, se fué a una botica de Castro, en donde se proveyó de los medicamentos más indispensables para comenzar la explotación de su soñado proyecto.

Pasaron las semanas, los meses y los años, y Maimay seguía subiendo como espuma, tanto en el respeto y consideración de sus conterráneos como en bienestar y comodidades en su diario vivir, gracias al activo e inteligente desempeño de sus actividades de experimentado galeno.

Sus medicamentos de batalla de origen netamente farmacéutico, tanto para combatir un dolor de muelas como para estirpar un *cachín* o un *guautún*, eran el bicarbonato, la mostaza, el amoníaco y la «piedra de ara». Los de origen casero, a base

de yerbas o plantas medicinales, eran la manzanilla, la calahuala, la limpia plata y el pichi-romero. Los inventados por el propio Maimay eran el raspado de «cacho de camahueto», la pajarilla de cordero *mothro* y la enjundia de polla doncella.

A Maimay le preocupaba muy poco el valor curativo de sus medicamentos. Lo que le interesaba era inspirar confianza a su clientela, para curarla por sugestión. Y este objetivo parece haberlo conseguido con creces mediante la instalación, en un sucucho de su casa, de un *chayanco* de su propia invención y de un caleidoscopio de cartón, cambalacheado a un alumno de humanidades del Liceo de Castro.

Según Maimay aseguraba a su clientela, en estos prodigiosos instrumentos él podía observar, hasta en sus menores detalles, todas las fluctuaciones de un «mal tirão», desde la *misma* noche en que el autor del maleficio hizo sajar a la víctima, como un estudio previo del estado de su organismo, hasta el momento en que el caso se confía al *chayanco* o *revisorio*.

Ya hemos dicho que con la explotación a fondo de lo que Maimay consideraba una verdadera clínica o sanatorio, el *machi* iba subiendo como espuma. Pero por algo se dice que «la ambición rompe el saco». A causa de su desmedida codicia y ambición, a Maimay le ocurrió, exactamente, lo que le ocurre a algunos industriales y comerciantes de nuestros tiempos, que pretenden acelerar el ritmo de sus negocios, desviándolos por senderos perniciosos y dañinos.

Mariano Maimay, como ya hemos dicho, vivía encantado con los suculentos honorarios que percibía como el único *machi* de buena reputación en los alrededores de Castro. Pero un día recibió la visita del viejo Manuel Mercado, un antiguo tinterillo de la vecina subdelegación de Quillquico, hasta donde había llegado la *nombrada* de los prodigiosos aciertos de Maimay en todo lo que concierne a la cura del flechazo y el «mal malo».

No hay duda que comparando las habilidades de ambos yerbateros, Mercado resultaba mucho más *quedado* que Maimay en este aspecto de sus actividades, pero a todas luces era mucho más ladino y cazurro que su socio de Nercón en lo que concierne a tratos y contratos. En sus mocedades había pisado muy fuerte los estrados judiciales de menor cuantía de todo el departamento de Castro, lo que le daba cierta prestancia leguleya y, sobre todo, mucho cinismo y avilantez en sus compromisos.

Después de largas y repetidas reuniones en el sucucho del caleidoscopio y el *chayanco*, convertido ahora en auténtico aquarelle, llegaron ambos machis al acuerdo de industrializar su profesión, transformándola en una sociedad de seguros «contra males noturnos».

Y también esta empresa comenzó a marchar sobre rieles. Según lo establece el expediente instaurado en el Juzgado de Castro, más de ciento cincuenta pólizas, de un valor que fluctuaba entre diez y veinte mil pesos cada una, se extendieron en el lapso de un año entre los habitantes de Nercón, Llicaldad, Yutúe, Rauco, Putemún y Quilquico.

Salvas las diferencias de lugar, nombres y número de asegurados, la fórmula del documento era exactamente igual a la que reproducimos a continuación:

Capital César y Compañía. San Francisco. Número 136. Por Primera División, Domicilio Nercón. Subdelegación Castro. Por el artículo 196, julio 8 de 19... Valúa sus bienes y asegura su casa en 15.000 pesos el señor Francisco Guenel Caichego y señora Adela Ovando Caichego y matricula sus hijos e hijas. Los matriculados son éstos: José María Guenel Ovando, Arsenia del Carmen Guenel Ovando, Pedro Guenel Ovando, Leonor Guenel Ovando, Francisco Segundo Guenel Ovando, Juan Bautista Guenel Ovando, María Elba Guenel Ovando, a la autoridad General Marítima, por el artículo 144, con la condición de verse libre de todo enemigo y mal *noturno* él y señora, hijos e hijas, por el artículo 166, por orden del Señor Ministro General de Mar y Tierra, autorizado por la autoridad General Marítima, de quien corresponde por el artículo 166. Autorícese, publíquese y comuníquese por las órdenes y autorizaciones del Señor Ministro General de Mar y Tierra, en la Oficina de la Casa Importadora General Marítima número 118, por el artículo 144. Cúmplase las órdenes conforme se manda del Señor Ministro General de Mar y Tierra y la Compañía autorizada General Marítima. Pagó *cota* de Corporación, 50 pesos.

Manuel Mercado, Ministro de Mar y Tierra.

Mariano Maimay, Secretario.

Como puede deducirse fácilmente, el estilo bombástico, ampuloso y pedante del documento reproducido, así como las citas inútiles de cargos y funciones públicas, al igual que las menciones de estilo parabólico de disposiciones legales, no tenían otro

objeto que impresionar las mentes de las gentes ignorantes y sencillas a que estos documentos estaban destinados.

Por lo general, las pólizas se extendían en papel sellado fuera de uso, ya sea por corresponder a un bienio anterior o por haber sido antes utilizado en otros documentos. Para completar la superchería solía agregársele, con verdadera profusión, estampillas usadas o inútiles, de correos o de impuestos.

Como hemos dicho anteriormente, el fraudulento convoy de los socios de Nercón comenzó a marchar viento en popa y a velas desplegadas; pero el choque inesperado y violento contra la honestidad de una mujer lo hizo naufragar estrepitosamente. Abusando Maimay del enorme ascendiente de que disfrutaba entre sus conterráneos, se propuso hacerle la corte a una vecina rubia, de ascendencia gala, llamada Candelaria Leveque de Guarategua, y se la hizo sin ningún recato. Es de suponer que, en un comienzo, los requerimientos de Maimay no le cayeron del todo mal a doña Candelaria. La prueba está en que, durante ese idilio, logró imponerse de todos los secretos de la maffia organizada y dirigida por los socios de Nercón. Pero, posteriormente, cuando se dió cuenta de que el chisme iba cundiendo y haciéndose *corruto* en toda la villa de Nercón, temerosa, además, del pronto regreso de su consorte Francisco Guarategua, que era uno de los jóvenes esforzados y animosos que a comienzos de la primavera habían partido para Magallanes en busca de los posibles para el sustento de sus familias, quiso depurar su conciencia dándole calabazas a Mariano Maimay. Pero como el diabólico brujo insistiera en sus pretensiones, Candelaria se presentó al Juzgado de Castro a requerir la intervención de la justicia contra las maldades de los socios «del seguro de vidas y haciendas» de Nercón. Develó todas las tropelías de Mercado y de Maimay, desde los tiempos en que este último comenzó por aplicar a sus enfermos la pajarilla de cordero *mothro* y la envidia de polla soltera.

De aquí nació el famoso proceso en contra de Mariano Maimay y otros, por el delito de estafa reiterada y ejercicio ilegal de la medicina. Maimay pasó luego a ocupar un número de orden tras las rejas de la cárcel de Castro; pero el rábula Mercado, investido como estaba del enorme poder de Ministro de Mar y Tierra de la hechicería insular, se hizo humo para los *limpios* que intentaron atraparlo.

Luego dirigió a la *Mayoría* el siguiente oficio, ordenando

poner a su disposición el *Caleuche* para ser de inmediato trasladado a la ciudad encantada de Los Césares:

«De orden del Ministro de Mar y Tierra, residente en el departamento de Castro, el *Caleuche*, Buque insignia de nuestro Servicio, el martes de la próxima semana deberá presentarse en las playas de Nercón, auxiliado del caballo marino, para tomar a su bordo al suscrito, Ministro y Jefe Supremo de la «Orden del Chayanco» y «Cordinador» de los servicios de Aire, Mar y Tierra, para ser trasladado a la ciudad de Los Césares, con escala en el puerto de Quicaví.»

Naturalmente que esta orden fué cumplida al pie de la letra, y en el momento preciso Mercado, muy ufano y contento, se encontraba en la cubierta del buque fantasma.

Con la arrogancia del triunfador, recostado en el cubichete de proa, con gesto de profundo rencor, extendió su última mirada sobre las playas de Nercón y Rauco, masculló una tremenda maldición contra los sabuesos que habían intentado tomarlo y pasó, en seguida, a la lujosa Cámara que se le tenía reservada en el buque fantasma. Luego de cambiar sus *pilchas* de aquelarre por el flamante uniforme de Comodoro o Almirante del *Buque de Arte*, salió de nuevo a cubierta, en donde se le había formado la oficialidad para rendirle los honores correspondientes a su alto rango.

Después de su metamorfosis nadie, ni los detectives que durante mucho tiempo venían siguiendo sus pasos, ni su socio de Nercón, habrían podido reconocer al rábula de Quilquico convertido, ahora, en un flamante y apuesto marino, cuya enhiesta y elegante silueta se encontraba casi completamente cubierta de charreteras, entorchados, medallas y galones.

Tal era la confusión que produjo a bordo la aparición de aquella insignia colosal que los marinos de cubierta, siempre chistosos y oportunos, se preguntaban a cada instante: «¿Serán éstos los galones de nuestro Almirante o los chuicos del rábula de Quilquico?»

VI. GLOSARIO

(No se registran aquí las expresiones que aparecen en el *Diccionario Manual de la Academia de la Lengua* o en Augusto Malaret, *Diccionario de Americanismos*, Buenos Aires, 3.ª ed., 1946. Nota de la Red.)

Aililla. Adj. Paso aililla es el paso suave y balanceado que reemplaza al trote.

Anqueno, a. Adj. Glotón, hambriento V. Cavada.

Anquento. Adj. inv. Papa a la que se le hacen raspaduras longitudinales y que en seguida se le pone a conservar en el humo (Alvarez). Cavada da la forma *anquentu*. V. Lenz.

Añil. Llevar *venta de añil* es igual a llevar los ojos en tinta.

Arregentar. Prosperar, mejorar en fortuna o en salud, tener buen éxito las cosas (Cavada).

Aupe. Alvarez escribe *haupe*. Persona que derrocha en la preparación de la comida, usando mayor cantidad que la necesaria (Alvarez).

Aventada. Acto de aventar.

Aventadura. Acto de aventar, o sea limpiar el trigo y otros granos sirviéndose del viento (Alvarez).

Baitilla. Bayeta o bayetón, género de lana.

Balumero. Orgulloso.

Bochada. Comestibles que se llevan para la casa después de asistir a alguna fiesta o comilona.

Boqui. *Ir al boqui*. Vomitar con arcadas sonoras.

Buitral. Ternero o ternera de un año. Llámase así, según parece, porque a esa edad es todavía presa del buitre (Cavada).

Cabúe. Gallinero.

Cachín. Mal de brujos que produce una postema, generalmente purulenta. V. Lenz y Cavada.

Cairizo. La mediagua en que se encierran las ovejas durante la noche. Cp. Cavada.

Calquihue. Luz fosforescente como la de la luciérnaga.

Camellón. Melga.

Campanario. Cabaña circular y con techo pajizo de forma cónica, donde se trilla y se engavilla y cuelga la cosechá (Cavada).

Carro. Tejido muy firme que se hace con hilado torcido; lo contrario de *hueñe*, tejido con hilado sencillo. Cp. Cavada.

Casemita. Habitación contigua a las capillas rurales o destinada al Párroco durante su permanencia en el lugar (Cavada).

Centro. *El sol llega a su centro* es modismo corriente para indicar la puesta del sol.

Celébre, s. Celebración.

Coillín. Dos cintones paralelos suspendidos frente al fogón, de donde cuelgan las ollas, donde se colocan los *chapedes*, etc. Cavada da la forma *collín*.

Coleo. Tallo seco de la planta llamada quila.

Colle. El que llega a una fiesta como aprovechador. Alvarez da la forma *colli*. V. Cavada.

Concheo. Artefacto que tiran los bueyes y que suple al *changuay* y la carreta. Cp. Cavada.

Corruto, a. Aplícase a una noticia reservada que se ha hecho pública y se ha esparcido en un pueblo o lugar determinado.

Cuchi. Puerco. V. Cavada y Lenz. Hay también la forma *cuche*.

Cuchipoñes. Una clase de papas chicas. Lenz y Alvarez registran la forma *cuchipoñis*.

Cuen. Montoncito de papas echadas a cocer al rescoldo. Cp. Cavada, quien escribe *cuhén*.

Cuisito. Diminutivo de *cuy*, término cariñoso con que se denomina a un niño de la casa.

Changuay. Palito trifulcado en un extremo, destinado a revolver la harina al hacer la mazamorra, para impedir que se formen pelotas (Alvarez). Cp. Cavada.

Chapalel. Pan de harina de trigo, que se hace delgado y se cuece en agua o en curanto (Alvarez).

Chaped. Papa tableada de la cual se conocen seis subespecies (Cavada).

Charagüilla. Amarra que se hace al pantalón sobre el tobillo y debajo de las corvas para evitar que incomode en el trabajo. Lenz da la acepción de «calzones».

Charúncó. Estaca secundaria que sirve para sujetar el cerco.

Chavo. Fiebre tifoidea. V. Lenz.

Chayanco. Aparato confeccionado por los brujos, que usa el machi y especialmente el Presidente de la cueva, para determinar y señalar a su cliente el brujo que inculó la enfermedad al paciente. En su forma más simple consta de un lavatorio y varios globos de vidrio con una campanilla dentro de ellos. Además tiene muchos adornos de cintas y papeles de colores. La pieza en que se guarde se dedica exclusivamente a este objeto. Lenz escribe *challanco*.

Cheñiche. Especie de arena muy molida y de color pardo (Alvarez).

Chequey. Marisco cocido con concha en las brasas del fogón. Cavada trae la expresión de «hacer chequey», cocer los mariscos sobre las brasas.

- Chille*. Dícese «hacer chille», no poder defecar (Cavada).
- Chuscada*, carrera chuscada. Carrera improvisada.
- Dachi*. Distribución de cada semilla de papa en un pequeño hoyo que va practicando el picador con un azadón o con un *gualato*. Cp. Lenz y Cavada. Hay también la forma *dachín*.
- Dañel*. Huevo que se usa de nidial.
- Delcahue*. Id. a *cairizo*, pero en relación con los corderos.
- Dempo*. Bola de milcao que se agrega al frangollo en las mazamorras. Lenz trae la forma *denpo*, y Cavada *dempu*.
- Dillimo*. Escalofrío. Cavada trae la expresión «hacer dillimo», hormiguar alguna parte del cuerpo, adormecerse algún miembro.
- Duan*. Mensaje que conduce la *voladora*. Cavada da la forma *duam*, «servicio que se pide a otro». V. Lenz.
- Enraje*. Entablado del piso. Cp. Cavada.
- Flechazo*. Mal tirado por un brujo desde la distancia.
- Guachacada*. Talegada. Cp. Cavada.
- Gualatoto*. A *gualatoto*, con *gualato*, azadón.
- Gualgüe*. Terreno pantanoso. Cp. Lenz.
- Guapi*. Parte baja del mar.
- Guautín*. Mal de brujos que afecta al estómago, cólico. Cavada escribe *huautín*.
- Guión*. Vara larga y gruesa que sirve especialmente para hacer remos.
- Guthral*. Telar.
- Horcar*. Ahorcar.
- Huele*. Adj. Dícese «la mano *huele*» o «la *huele*» por la mano izquierda. Cp. Álvarez.
- Huema*. Hijo mayor de la familia.
- Huinque*. Arbol medicinal. Cp. Cavada.
- Huiñe*. Género delgado y suave de lana, de hilado sencillo. Lenz y Cavada dan la forma *huiñi*.
- Lapa*. Lavatorio de madera. V. Cavada.
- Lapos*. Gente rústica, ignorante y simplona.
- Litihuén*. Quila enana.
- Lumero*. Hombre que trabaja con las lumas, que voltea (Alvarez).
- Llagne*. Varas tendidas a trechos, en lo alto y en la parte interior de las habitaciones, y que sirven como de cielo raso y de sustentáculos para colgar jamones, luche y algunos otros comestibles.

Llancazo. Maleficio, mal tirado (Cavada).

Llapuy. Conjunto de remedios para hacer alguna brujería, principalmente con el objeto de atraerse el cariño de alguna persona (Cavada). Cp. Lenz.

Llío. Conjunto de varas largas y gruesas, *huimas*, que se amarran con boquis, horizontalmente, en estacas y que sirven para colgar las gavillas de trigo o avena a fin de que se sequen bien al sol y se puedan trillar (Alvarez). Cp. Cavada.

Llipigüe. Pestaña (Alvarez).

Lloco. Regalo de comestibles que el que beneficia un chanco en su casa manda a sus vecinos y amigos, especialmente en los días de *reitimiento*, a mediados de junio en Chiloé; se compone esencialmente de chicharrones, milcaos y sopaipillas (Cavada). V. Lenz.

Maanto. Adj. Maganto, flaco, macilento.

Macuñ. Es un chaleco hecho de «cuero de difunto»; parece del pecho del ser humano. No tiene espaldar y se ata con cordones a la espalda. Mientras no se usa, el *macuñ* se enrolla como erizo. Y al extenderlo el brujo y ponérselo, alumbraba como el mejor farol. Cuando el brujo va de viaje, volando se entiende, levanta el poncho para dejar descubierto el *macuñ* y alumbrarse el camino. Si quiere quedar a oscuras, baja el poncho. Las personas que han visto un *macuñ* dicen que es una cosa parecida a una *cola* (pulpo), más suave que la seda, y que si se desdobra grita: «thrac», salta y vuelve a enrollarse, infundiendo así profundo miedo al *limpio* que se ha atrevido a tocarlo (Alvarez). Cp. Cavada.

Machucho. Animal fabuloso, del tamaño de un chivato poco más o menos, que bala como cabro y que anda solamente de noche.

Manga. Cercado de varas largas y gruesas que se hace contiguo a la era en las trillas a caballos y destinado a recibir las bestias mientras se practica la operación de despajar, o sea de retirar la paja o cañas que ya han soltado el grano. Se hacen mangas también para encerrar las vacas destinadas a la ordeña de entre las trañas de los potreros (Alvarez).

Maqueda. Adj. Despacioso.

Marchante. Sujeto casi desconocido que se apega a un grupo de amigos.

Mari. Adj. inv. Dícese del buey de color plumizo (Cavada).

Mayor, s. Vocablo que expresa la calidad de hombre más o menos viejo. Por extensión se aplica también a los padres.

Mayoría. Es el alto tribunal de los brujos con asiento en Quicaví (Alvarez).

Medán. Minga con aporte de productos del lugar. Cp. Cavada.

Meldo. Harina de linaza que condimenta la *morra*. Lenz trae la forma *meldu*. Cp. Cavada.

Mepul. Cada uno de los extremos de los corrales pesqueros. Cp. Lenz.

Mellegüe. Una especie de palanca de madero que sirve para dar vuelta la champa en la siembra de papas.

Morra. Mazamorra de harina, alimento muy usado en los campos de Chiloé.

Mothro. Adj. Aplícase al animal que carece de cuernos, poseyéndolos todos los de su especie.

Muneto. Masticación simultánea de dos alimentos diferentes.

Muy. Alvarez trae la expresión «hacer muy de...», comer los primeros frutos del año, como ser: papas, habas, arvejas, manzanas, etc. V. Lenz.

Nilputo. Bolsa que forman las polleras alrededor de la cintura, al levantarlas con un cordón ajustado.

Ñanco. Una clase de papa que sirve para cazuela, pero que es muy rica cocida al rescoldo. Cp. Lenz y Cavada.

Ñimito. Recolección, por las gallinas y los pollos, de todos los desperdicios de la cocina. Cp. Cavada, que también da la forma *llimito* en «hacer llimito».

Orilla. Primera y segunda remoción de las gavillas de la era para formar un nuevo montón.

Pachorriento, a. Adj. Flojo, despreocupado. Muy usado en Chile.

Panilla. Género de terciopelo.

Pajada. Tercera remoción de las gavillas de la era para formar un nuevo montón.

Patiro. Padre cura. Lenz trae la forma *patirro*, alteración mapuche de padre.

Peluquecho. Lenz señala la expresión «estar peluquechu», estar desnudo.

Pichingo. Adj. Medio borracho.

Pilcahue. Papa que quedó en el rethrugüe de la cosecha an-

terior y que brota de nuevo para el año siguiente. Cp. Alvarez.

Pillunto, s. Conversación secreta, cuchienco. Cavada registra la expresión «hacer pillunto» y Lenz «pilluntiar».

Pispirigua. Dícese de una persona bellaca, charlatana y peladora.

Pithrán. Desnudo de la cintura para abajo. Cp. Lenz.

Poipo, hacer poipo. Comer en demasía, comer contra gula. Lenz registra para la provincia de Ñuble la expresión «estar poipoy», estar satisfecho, lleno, harto de comestibles y bebidas.

Porrada. Un plato lleno de harina revuelto con agua caliente. Alvarez, en cambio, dice: «Exceso de comida que se da o que come una persona, especialmente si es harina tostada.» Para Cavada es «una gran cantidad de algo que se come de una vez».

Pulmay. Curanto confeccionado en paila o en olla.

Pundillo. Trecho que queda entre dos *camellones* (Cavada).

Queldo. Un palo para poner las papas bajo el rescoldo o para asarlas (Cavada).

Quelgo. Madero largo y cilíndrico empleado en los *uthrales* para formar la urdimbre. Lenz da la forma *queltu* al tratar de *quilvo*.

Quelmo. Hacer *quelmo*, llevar al hombro entre dos personas alguna cosa colgada de una vara (Cavada). Cp. Lenz, N.º 1640.

Quemún. Presente que deben llevar al Presidente de la cueva los dolientes que van a pedir justicia.

Quepo. Alvarez registra la forma *quepu* con la acepción de «porción de papal que los trabajadores, en la minga de apuerca o *quecha*, *gualatean* sin tomar descanso». Cp. Cavada.

Quepucho. El hijo menor de una familia.

Quilpen. Pesadilla. Lenz registra *quilpe*, adj., sonámbulo; «hacer quilpe», tener pesadillas.

Quimba. Requebro. Lenz registra la acepción de «movimiento donairoso, gracioso pirueta».

Recacha. Repetición de un plato de comida. Cp. Cavada.

Rejata. Rescate. Cavada trae *rejate*.

Rethrulhue. Potrerillo donde se cosechan las últimas papas. Cp. Cavada.

Revisorio. Revisión, pero también *chayanco*.

Sajar. Practicar o mandar practicar el brujo una pequeña incisión a la futura víctima del «mal malo», como un estudio

previo de la sangre, para resolver en favor o en contra del maleficio.

Senteque. Bolita con achataduras.

Soltero, a. Adj. Grande ya, como en estado de casarse (Alvarez).

Tacán. Adj. Porfiado, caprichoso (Cavada).

Tecuto. Consejero. Además significa «jugador de linao que cuida la puerta». Cp. Lenz.

Tene que tene. Mal estado de salud.

Tildiuta. Gaviota nueva de color café.

Tepe. Champa que se emplea en tapar algo, especialmente las hornadas de carbón y los curantos (Alvarez).

Toltena. Adj. Una clase especial de papas. V. Lenz.

Thragua. Cuero tostado de chanco. Cp. Lenz y Cavada. Muy usado en Chile.

Thraiguén. Pequeña catarata en medio del bosque o montaña, que utiliza el aprendiz de brujo para bañarse doce noches consecutivas, con lo que cree extirpar el bautismo y quedar definitivamente iniciado en la hermandad de los brujos. Alvarez rechaza esta acepción «porque los brujos son católicos fervientes».

Thranca. Chacra o potrerrillo destinado exclusivamente al pastoreo de los animales.

Thrapel. Asa de la olla o del caldero. Cp. Cavada.

Thraumo. Cavada trae la variante *chaumo*, «el que participa con su cuota (dinero o comestible) en los paseos campestres». Cp. Lenz.

Thrauto. Persona que en las mingas de apuerca ayuda en el camellón que le corresponde al peón (Alvarez). Cp. Cavada.

Threlmo. Entumecido de frío. Cp. Cavada.

Tripulado. Adj. Mezclado.

Throlquín. Hacinamiento de personas, animales o cosas que ruedan por el suelo sin orden ni concierto.

Thropón. Bola hecha de milcao colado y asada sobre las brasas (Cavada). Cp. Lenz.

Tonón. Hilo grueso de lana torcida para atar las urdimbres del tejido en una vara llamada caña del *uthral* (Alvarez). Cp. Lenz.

Ulpada. Acción de comer ulpo. Alvarez da la forma *ulpeada*. Cp. Cavada, y Lenz en *ulpo*.

Urupa. Bolsa de cuero de oveja o de cabra, destinada a llevar trigo al molino (Alvarez). Cp. Cavada.

Voltea. Acción de *voltear*, romper o descuajar el terreno y dar vuelta la champa con las lumas (Alvarez).

Yunel. Primera siembra de papas primerizas, destinada a producir las primeras papas nuevas a comienzos de la primavera.